



Para
Helga

Bergsveinn
Birgisson

Lumen

Para Helga

Bergsveinn Birgisson

Traducción del islandés
Fabio Teixidó Benedí

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Érase una mañana reluciente.
Érase hace muchos años.

Él y ella caminaban por la acera
juntos de la mano, con el sol de frente.

Con el sol de frente
cada uno pensando en su camino.

Hoy sigue cada uno su camino
juntos de la mano.

Juntos de la mano
en una mañana reluciente.

STEFÁN HÖRDUR GRIMSSON

Él y ella

(1989)

Kolkustaðir, día del martirio de san Juan Bautista, 1997

Querida Helga:

Hay personas que mueren por causas externas. Otras mueren porque hace tiempo que llevan la muerte dentro, aferrada a sus venas. Todas mueren. Cada una a su modo. Unas caen al suelo a mitad de una frase. Otras se despiden pacíficamente mientras sueñan. ¿Se apagará el sueño como cuando una película deja de proyectarse en la pantalla? ¿O simplemente cambiará de aspecto, adquiriendo una nueva luz, un nuevo color? ¿Llegará a percibirlo el que sueña de alguna manera?

Mi querida Unnur está muerta. Murió una noche mientras soñaba, cuando no había nadie cerca. Bendita sea su memoria.

En cuanto a mí, soy una res en bastante buena forma, dejando a un lado la rigidez de los hombros y las rodillas. La edad, esa vieja bruja, va haciendo su trabajo. Naturalmente, hay un momento en que uno mira sus pantuflas y piensa que llegará un día en que las pantuflas sigan ahí... pero ya no uno para ponérselas. Aunque dichoso sea ese día cuando quiera que llegue, como dice el salmo. La vida ha inundado mi pecho lo suficiente. He podido saborearla bien, la vida. Así es, querida Helga.

En fin, yo ya me he vuelto un anciano redomado y la mejor prueba de ello es que he comenzado a abrir viejas heridas. Todos tenemos una puerta. Y todos

queremos dejar salir nuestros adentros. Y mi portón es la vieja puerta del corral de ovejas de mi difunto padre, esa por cuyas grietas penetran los rayos de sol, esbeltos y alargados entre las fisuras de los tablones. Si la vida se encuentra en alguna parte, debe de hallarse ahí, en esas grietas. Pero tan retorcida y cuarteada está mi puerta y tanto ha cedido que ya no es capaz de mantener separado lo de dentro de lo de fuera. ¿Tal vez resida en eso la virtud del carpintero, en no ser perfecto? ¿En que las rendijas y las grietas de su obra dejen pasar los rayos de sol y la vida?

Pronto emprenderé esa mudanza forzosa a la que todo hombre está abocado, querida Helga. Y como no podría ser de otra manera, los hombres intentan quitarse lastres de encima antes de embarcarse en semejante viaje. A la vista queda que se me ha hecho demasiado tarde para escribirte, ahora que todos están más o menos muertos o seniles, pero lo voy a hacer igualmente. Si mi carta te causa malestar, no tienes más que deshacerte de estos cuatro garabatos. Mis palabras solo albergan buena intención. Nunca te deseé otra cosa que el bien; ya lo sabes, querida Helga.

Hallgrímur murió a finales del invierno. Durante su último año ya no podía tragar a causa del cáncer, y, de hecho, no lograron que comiera nada, un grandullón como él. Languideció en el hospital en manos de los médicos, y no era más que hueso y pellejo cuando lo vi en febrero. Daba lástima. Bendita sea su memoria.

Bendito sea, sin más, todo aquello que intenta o ha intentado existir.

Mi sobrino Marteinn vino a buscarme a la residencia y estoy pasando la canícula en una habitación con vistas a la granja donde en tiempos vivíais Hallgrímur y tú. Ahora solo dejo vagar mi mente por las laderas de los alrededores, que huelen a los rayos de sol de antaño. Qué más puede hacer uno ahora.

Unnur yació en su lecho de muerte durante cinco años, de los cuales deseó

morir cuatro y medio. Fue un periodo traumático para mí. Tampoco llego a entender qué sucedió dentro de ella. Fue como si poco a poco todo lo bueno de su carácter se transfigurara y adoptara la forma de recriminación por cualquier tontería. Si derramaba el zumo de fruta o le daba sin querer un golpe a un jarrón mientras cuidaba de ella, la oía decir que siempre había sido un «maldito zopenco», «inepto para cualquier tarea doméstica». ¿Se trataba acaso de un mal carácter latente que yo ya había presentado y que terminó por aflorar?

Ya no se levantaba, y se negó a comer hasta quedar desnutrida. Y allí permaneció, postrada en la cama mientras la consumía una pena oculta. Su alma de siempre, la que yo le había conocido, se esfumaba. Sí, su alma la abandonó. Se volvió mordaz y cruel, por muchas atenciones que se le brindaran. Simplemente se había hecho vieja de golpe y, para colmo, había enfermado de gravedad. Y no debe juzgarse del mismo modo al que está enfermo y al sano. Pude ver cómo el azul de sus ojos se apagaba y oscurecía como el cielo sobre las montañas. Pensé que debía quedarme a su lado y ofrecerle mi compañía, dada su situación. Era como si le disgustara encontrarse en semejantes circunstancias, como si le disgustara, para empezar, haber sido convocada a participar en esta vida y le disgustara el modo en que la había empleado. Como recompensa a mis esfuerzos, me tachaba de canalla por haberla mantenido engañada durante toda nuestra vida en común. Me decía que nunca la había querido. Sin inmutarse. Bajando la mirada.

Le ofrecí todos los cuidados que estaban a mi alcance. Le compraba revistas y cajas de bombones. Le llevé nuestras fotos de cuando segábamos el heno en Grundir, las fotos de la vieja granja, de los secaderos de pescado combados por el peso de los lumpos y demás peces colgados, de la recogida del plumón y la captura de polluelos en los islotes, de mí mismo raspando pieles de crías de foca o reparando el bote de remos en el cobertizo, de ella en

el tractor Farmall llevando la leche en el remolque; en definitiva, de cada rayo de luz que había podido capturar con mi vieja Polaroid a lo largo de los años. Había una foto en la que se te podía reconocer. Era de antes de nacer Hulda, de cuando todavía segábamos los campos en grupo. Unnur te señaló.

—Deberías haberte quedado con ella —dijo—. No con una oveja machorra como yo. Siempre la quisiste a ella, no a mí.

Luego apartó el álbum de fotos y clavó su mirada vacía en el pie de la cama. Sentí lástima por ella. Sentí que amaba a aquella anciana indefensa, a aquel ser humano moribundo que apenas tenía a nadie que se preocupara por él. Sentí que había hecho lo correcto al permanecer a su lado durante todos aquellos años. De lo contrario, ¿quién se habría ocupado de ella? Por sus mejillas corrían lágrimas, como diminutas olas de melancolía. Fuera de la residencia, la tarde ya estaba avanzada y el tráfico había comenzado a disminuir. La luz tenue de una farola se filtraba por la ventana de la habitación y hacía relucir sus mejillas, húmedas de lágrimas.

Poco después murió. En mitad de la noche. Mientras soñaba.

El viejo fantasma que tiempo atrás había dado por desaparecido volvió a manifestarse en Unnur. Esa quimera que las gentes de la región forjaron a la fuerza, por pura majadería. Se le debió de meter dentro el espíritu de la rencorosa Hallgerður, de la *saga de Nial*, y con él esa endemoniada costumbre islandesa de ser incapaz de olvidar el pasado ni perdonar cosa alguna. En la residencia me había convertido a sus ojos en «un adúltero, un farsante, un hipócrita», y me describía con detalle el placer lujurioso que, según ella, debí de experimentar en cada encuentro contigo. Me hacía sentir abochornado, por decirlo de forma comedida, y fue un regalo del cielo que pocos la oyeran vociferar cómo te tomaba por detrás, cómo debí de magrear lascivamente tus pechos pesados y darte tales embestidas que hacían restallar tus nalgas. Esas fueron sus palabras: «tus pechos pesados». Aquellos arranques que le daban culminaban en sollozos mientras se culpaba por ser una oveja machorra que había sido descartada. Y aunque decía que yo era un holgazán que jamás me había preocupado ni de las ovejas ni de la granja —sabes bien, Helga, que nunca me faltaron quehaceres, a excepción de aquella semana en que guardé cama con pulmonía—, eso me dolía menos que las acusaciones en las que metía el dedo en una llaga que tiempo atrás habían abierto las habladurías del campo.

¿Cuál fue el incidente que desencadenó el rumor y que, sin haber tenido lugar jamás, acarreó unas consecuencias igual de malas —no, ¡mucho peores!

— que si hubiera sucedido de verdad? ¿Es posible trazar una línea entre lo que ocurre en realidad y lo que un pueblo difamador afirma que ha ocurrido, mientras se harta de café en la cocina, insinuaciones y chismorreos sobre los demás? ¿Qué fue aquello que no sucedió en el 39, el día de la festividad de San Lamberto, y que sin embargo sí sucedió en la cabeza de los maldicientes?

¿Acaso se supone que mientras los demás avanzaban por el valle de Hörgsdalur y desaparecían tras la loma de Framneshæð yo bajaba la cuesta y atravesaba la verde hondonada que hay junto a Steinhúsbakkar para acudir a tu encuentro? Entonces habríamos caminado juntos y hablado de la lana tan hermosa con que volvían las ovejas de las montañas aquel año; de cómo los corderos, rollizos y lozanos, tenían la barriga blanca como la nieve. Y de que aquel año la cosecha de heno había sido tan buena que yo, supervisor del ganado de la vecindad de Hörgárhreppur, no tenía por qué temer que los pastores se vieran obligados a dejar morir de hambre a sus animales en invierno. Habría recordado la marca en las orejas de tus ovejas: una muesca arriba en punta y una muesca a cada lado. Y tú me habrías preguntado otra vez cómo era la mía: un corte recto delante, a la izquierda, una muesca arriba y otra a la derecha. Exactamente así. Luego habríamos hablado un poco sobre Bassi, el morueco que nos habían prestado en Fljót, en el este, de lo fornido que era su pecho y de su musculado espinazo. Y una vez concluidos los elogios dedicados al carnero, habría corrido por nuestra sangre un dulce ardor vertiginoso y yo habría acariciado tus rizos, comparándolos con la nieve que el viento sopla ladera abajo, y tú te habrías reído y habrías dicho: «¡Ay, Bjarni!».

Enseguida te habría besado, y habría sobrevenido un manoseo desenfrenado antes de bajarme los pantalones y tú subirte el jersey de lana liberando tus pechos; luego habría dejado que mis muslos, blancos como la leche, se frotaran contra ti, entre el trino del zarapito y el aroma intenso del brezo que

saturaba el aire, y tú y yo, dos pobres animales en un socavón, nos habríamos fundido por un momento con la vegetación agonizante, mientras el blanco semen descendería gelatinoso por el interior de tus piernas hasta alcanzar la hierba seca, único testigo del fuego que repentinamente se habría adueñado de nosotros.

Eso habría sido todo.

¿No es lo más normal que suceda algo así? ¿Acaso la naturaleza entera no confabula para favorecer tales encuentros?

La gente, entonces, habría empezado a hacer insinuaciones en sus cocinas, como de costumbre. Pero no le habría valido de nada, porque yo me habría vuelto manso y le habría pedido a mi querida Unnur las más humildes disculpas por aquel desliz que ella, seguramente, habría sabido llevar mejor que yo, con la repulsiva actitud defensiva que adopté al suponer que todos eran enemigos deseosos de agraviarme tras surgir el rumor. Habría tratado incluso de compensarla dándole más muestras de cariño y aceptando que en esta vida terrenal lo esencial no es restregarse contra el vientre de otro, sino dispensar afecto y atenciones a nuestros allegados. Tú y yo habríamos disfrutado el uno del otro dando rienda suelta a nuestra lujuria, y, una vez satisfecha, yo habría podido atender otros menesteres y dedicarme a pensar y a desear otras cosas.

Pero lo cierto es que nada de eso había sucedido. No estábamos juntos en el valle, como creían los que hicieron correr el chisme. Como bien sabes, simplemente íbamos rezagados al volver de la batida organizada para recoger las ovejas y coincidimos en la quebrada que hay por encima del redil. Por eso bajamos juntos la ladera. Pero aquello bastó para que el suceso tuviera lugar en la cabeza de la gente, acompañado de los correspondientes suspiros y gemidos. Y dime, ¿quién puede refrenar la imaginación de un individuo una vez que se le han disparado tales ideas? Así es como el rumor acerca de la

liberación de nuestra lujuria corrió como un reguero de pólvora hasta llegar a mi propia granja. Un día, en primavera, me metí en casa refugiándome del viento cortante del norte y entré en la cocina frotándome las manos mientras resoplaba y renegaba de aquel frío sin precedentes. Unnur estaba inclinada sobre las cazuelas.

—Pues vete a fornicar y entrarás en calor. Seguro que te está esperando ahí, al otro lado, despatarrada.

Me quedé de piedra al oír semejante grosería. Seguidamente me enfurecí. Le pegué una bofetada a Unnur y le ordené que vigilara su lengua. Ella enrojeció. Luego se echó a llorar a lágrima viva quejándose de ser una desgraciada y una oveja machorra, mientras decía que no entendía por qué continuaba a su lado. Que haría mejor en dejarla marchar. Que yo te amaba a ti y no a ella.

Lo negué.

Dijo que sería mejor que me separara de ella y te tomara a ti por esposa. Que había visto cómo te miraba, que nunca la había mirado de esa manera. Que yo te deseaba. Entonces se metió corriendo en el dormitorio y se embutió en el guardarropa.

—No. ¡Eso no ocurrirá jamás! —dije.

Ella gritaba en el ropero y lloraba con sollozos contenidos, como si quisiera reprimir el llanto, lo que lo hacía todo aún más patético. Me senté atónito en la cama de matrimonio. Con la mirada fija en el suelo, me pregunté si no debería pulir los puñeteros tablones. Los muy condenados habían comenzado a pelarse y a agrietarse, y era fácil clavarse una astilla en el pie.

Sentí un peso en el pecho cuando las difamaciones comenzaron a propagarse por toda la región; o, cómo expresarlo, las difamaciones se inflaron como una burbuja alrededor de mi corazón. Dejé de hallar agrado en los quehaceres cotidianos, me volví gruñón e impaciente, y no sabía hacia

dónde dirigir aquello que hervía en mi interior. Me parecía que la gente me miraba de forma extraña. «Maldito adúltero», leía en las miradas de los demás cuando iba a la cooperativa o a la iglesia. Unnur se distanciaba de mí, tal vez porque me había vuelto insolente e irascible ante sus berrinches domésticos.

Dentro de mí cobró vida una especie de bicho deseoso de impregnar sus jugos gástricos con aquel dulce suceso que estaba en boca de todos y que nunca llegué a vivir, por mucho que se me acusara de ello. Comencé a desearte, querida Helga. Era aquella figura tuya tan bien labrada; no es extraño que los demás difundieran los rumores. Al hacerlo, proyectaban en ti sus propios deseos.

Cada vez que iba a vuestra granja para prestaros vermícidias y antidiarreicos, o cualquier otra cosa que como amigo, vecino y supervisor pudiera ofreceros, mientras Hallgrímur se hallaba en los fiordos del este «adiestrando a algo más que la yegua», como tú decías, y te encontrabas sola en la casa con tus dos hijos, mis pensamientos se volvían primitivos. Solo Dios sabe que mi alma se había reducido a un insignificante grano de arena después de que corrieran los rumores sobre el suceso fantasioso y me amargaran por haber sido declarado culpable sin haber llegado siquiera a paladear la dulzura purificadora del crimen.

¿Tan extraño resulta que me ponga a pensar en ti ahora que todos se han ido a buscar las ovejas a Fellin? ¿Te he dicho ya que me pareció caer en un remolino atroz después de que surgieran los rumores aquel otoño en que bajamos juntos por el cerro de Mógilsbakki, a la zaga de los otros buscadores? Fue Ingjaldur de Hóll el que comenzó a cuchichear sobre nuestro idilio, lo sé. ¿Cómo podía permitirse el lujo de chismorrear y hacer insinuaciones sobre los demás? Bien conocida es la frase que dijo una vez su padre, Guðmundur, en los tiempos en que en la casa de Hóll vivían dos familias juntas y había tan pocos tabiques que tenían que dormir todos bajo un mismo edredón en la estancia principal. Por lo visto, Guðmundur le dijo a la esposa de Bárður cuando esta se le arrimó una noche: «¡Conque eres tú, querida Sigríður! Pero ¿no es Bárður ese que se oye trajinándose a alguien a tu espalda?». ¿No sería esa, por casualidad, la noche en que Ingjaldur fue concebido?

Cuando vuelvo la vista hacia aquellos tiempos, pienso sin reparos en nuestra relación, que prosperó poco después de que las calumnias comenzaran a azuzar mi interés. Quizá a raíz de aquello haya perdido toda moralidad y me haya convertido en un donjuán desvergonzado. Sea como fuere, recuerdo muy bien mi deseo de que florecieran todos mis anhelos. En ti.

Lentamente se agrandaba la distancia entre Unnur y yo; al menos, entre nosotros no había arrumacos ni muestras de cariño. Eso sí, ella estaba siempre

en casa y realizaba sus labores con diligencia. Tenía un dicho para cada cosa: «La primera en morir, la rosa más roja», decía sobre mi costumbre de enviar primero al matadero los corderos más grandes, que luego se descuartizaban y salaban para los mercados de Noruega. «Que los ángeles del Señor se sienten a mi cabecera» significaba «Me voy a dormir». «Piensa el ladrón que todos son de su condición», me soltaba cuando yo hacía la menor alusión a la gente de Hóll o de las granjas vecinas. ¡Como si no se pudiera decir nada! Nuestras conversaciones se volvieron torpes. Su conducta se tornó mecánica y predecible como la rueca que hacía girar en su tiempo libre. Un repicar rítmico y constante. Siempre decía lo mismo, a su manera, con desgana. Las faenas del campo se le daban muy bien; tenía una pericia extraordinaria para reconocer a cada una de nuestras ovejas, y una vez degolladas, sabía de qué oveja era cada cabeza, incluso después de salir de la olla. Y, aun así, nos unía una especie de hilo, aunque muy enredado. Ella hacía las morcillas y los embutidos para el invierno, salaba el cordero y lo conservaba en suero (hasta que llegó el congelador), preparaba mermeladas y ahumaba la carne y el pescado con mucho esmero. No es habitual que las mujeres se encarguen de las casetas de ahumado, pero yo ni me acercaba, excepto para salar y realizar otro tipo de preparativos. O para vigilar el lumpo, del que me encargaba solo yo. Cualquier cosa que no implicara trabajo suponía, a ojos de ella, la más irritante pérdida de tiempo.

Una vez nos visitó Finnur, al que llamaban el Pajarero, con sus cuatro hijos, que habían salido tan intrépidos como su padre a la hora de descender acantilados para recolectar huevos y pájaros. Recuerdo que Finnur se había quedado sin tabaco y en la cooperativa estaba agotado. Fuimos al pajar, y le recogí unas briznas de heno que él machacó en su pipa; entonces se convirtió en el hombre más feliz del mundo, fumando y tomando café en la cocina. Se trataba de un viejo recurso y habíamos reinventado el refrán afirmando que

«De tabaco o de heno, el pulmón lleno». Más tarde llegaron los cigarrillos Commander a la cooperativa y después de dicha revolución nunca más se vio a Finnur fumar otra cosa. Y, por supuesto, fue Finnur el Pajarero quien me enseñó a fumar Commander. Sea como fuere, Finnur me preguntó por las actividades del grupo de lectura, en el que yo me encargaba de la compra de libros. Andábamos leyendo la *saga de los descendientes de Sturla*, y le di una visión de lo que se discutía en el grupo, como por ejemplo la escena en que Gissur salva el pescuezo metiéndose en una cuba de suero, lo que había suscitado acalorados debates sobre si aquello podría haber ocurrido de verdad o bien el episodio del incendio se había exagerado posteriormente. Por algún motivo, a Unnur se la llevaban los demonios cada vez que me iba a una reunión del grupo de lectura, para leer, según ella, cualquier cosa sobre «Gissur el del suero». Cuando bajaba de la buhardilla después de leer los libros recién llegados de Reikiavik, ella me preguntaba qué se contaba «Gissur el del suero», y me venía con la misma monserga cada vez que salía el tema de los libros. Como si la cultura y la literatura fueran un lujo innecesario del que uno debía sentirse avergonzado, una burda excusa para escabullirse del trabajo.

Sus antepasados del valle de Blöndudalur no tenían ninguna inclinación por la lectura. Eran más materialistas que espirituales y únicamente pensaban en trabajar. No todas las historias que se contaban acerca de ellos eran precisamente un alarde de nobleza. Su abuelo fue célebre durante mucho tiempo por haber multado con media corona a una sirvienta tras habersele escapado la bacinilla de las manos y haber echado a perder toda la orina. Así depreciado era aquel líquido en su casa, mientras que las relaciones humanas tenían escaso valor. Otra historia evocaba —ya que me pongo a hablar de la gente de Blöndudalur— aquella vez en que su madre amasó pan. A todos les parecía que tenía un gusto extraño. Por fin alguien dijo que el pan sabía a

meados y los demás le dieron la razón. El ama de casa se preguntó si no se habría equivocado de tina al hacer la masa. Probó un bocado, masticó un rato y dijo:

—Bah, pues no sé qué será.

He perdido el hilo, querida Helga. Pero tengo razones para perderlo. En realidad, me duele recordar todo esto.

Naturalmente, yo sabía que algo más ofuscaba a Unnur y explicaba esa actitud tan ausente, una actitud que parecía expresar una sola cosa: «Soy culpable».

Yo la entendía y me compadecía de ella.

Sabía que, tras la operación, era como si el trabajo fuera para ella su única razón de ser. Se castigaba por otro problema del que era incapaz de hablar sinceramente. Reprimía sus miserias, pero la pena mata al corazón, como reza el dicho del *Discurso del Altísimo*. Se negaba a pedir ayuda. Nada la podía persuadir. Siempre era igual: o lloraba dando gritos desde el guardarropa mientras yo, paralizado, miraba fijamente los nudos de los tablones del suelo, o se atrincheraba detrás de la rueca y la hacía girar de forma obsesiva.

Puedo contarte una pequeña historia para explicarme mejor. Poco después de su regreso tras la intervención, ocurrió que a nuestra vaca se le inflamó una ubre. La leche cuajaba o se formaba queso en la ubre izquierda, que terminó inflamándose. Alguna explicación debía de existir, y yo me devanaba los sesos pensando en qué podía ser. Hasta que un día fui testigo de la causa, mientras estaba fuera de la vaqueriza enrollando el palangre. Unnur no sabía que estaba allí.

Se puso a ordeñar a Huppa como de costumbre, pero al cabo de un rato empecé a oír juramentos y blasfemias y, cuando presté más atención, vi que le estaba propinando codazos y manotazos en las ubres con los puños medio

cerrados mientras despotricaba e injuriaba al animal con apelativos abominables porque no daba la leche con la rapidez y las ganas que ella quería. Yo no podía tolerar aquello, así que hice acto de presencia y le expresé mi opinión, allí, en la vaqueriza. Enfurruñada, le pegó una patada al ordeñadero y echó a correr conteniendo las lágrimas.

Pero fui un buen marido para ella, no te quepa ninguna duda. Le preguntaba una y otra vez si quería hablar de lo ocurrido, si debíamos pedir consejo a algún especialista de Reikiavik. De nada sirvió.

Me abandonó físicamente. Cualquier roce o muestra de ternura solo le recordaba lo que ella no podía ofrecer, y por esa razón evitaba despertar mi deseo. La vergüenza retorció su humanidad. No se podía hacer la más mínima alusión a la operación ni sugerir que quizá fuera posible volver al médico para someterse a una nueva intervención que enmendara las cosas. La cirugía había sido a todas luces un verdadero fracaso, pero daba la impresión de que ella se creía destinada sin remedio a aquellas negligencias médicas —como si no mereciera nada mejor—. Cada vez que se me ocurría mencionar el asunto, reaccionaba de idéntica manera. Primero se encerraba en el guardarropa, acurrucada, y allí lloraba y gritaba hasta hartarse, y después palidecía como una hierba marchita, sin decir palabra. Al cabo de un rato sus mejillas recuperaban el color, y se ponía a hacer girar la rueca con tal ímpetu que salía humo del huso. Podía quedarse hilando hasta las tantas por la noche. En vista de su reacción, dejé de aludir a la operación. Pero yo había vivido ya lo bastante y tenía suficiente conocimiento para saber que los médicos también cometen errores. Todas las personas los cometen. De lo contrario, no serían personas.

Después llegó aquel día de diciembre en que te ayudé a cubrir las ovejas con el carnero. Tal como acordamos, llevé al morueco Kútur, la joya de la descendencia de Jökuldalur. Recuerdo que era el día de San Ambrosio y yo vestía un mono de faena que apestaba a anticongelante porque el día anterior había estado arreglando el tractor International de Gauti de Staður.

En cuanto llegué te pusiste a hablar mal de Hallgrímur, que andaba ocupado con «las yeguas del este». Comprendí que vuestros hilos también estaban enredados. Hallgrímur dejaba la granja demasiado en tus manos y te mostraba poco afecto cuando estaba en casa. Sí, he de llamar a las cosas por su nombre: no era un buen granjero, Hallgrímur. Y a su padre, el viejo Jónas, no le llegaba ni a la suela de los zapatos: sobre él circulaban un sinfín de hazañas y era dueño de unos henares inmensos en su granja de Alviðra, donde, según decían, la hierba brotaba mejor que en otras haciendas.

Por supuesto que te ayudé a cubrir las ovejas aquel día de invierno, corto y sin nieve. Siempre intentaba estar a tu disposición, como amigo y como supervisor de Hörgárhreppur. Fui hasta tu finca recorriendo con calma la pista que bordeaba la costa, al volante de mi viejo tractor Farmall y con Kútur en el remolque. Conduje por los bancos de arena de Lambeyrar y crucé los pastizales de hierba seca, donde nunca se acumulaba la nieve, antes de llegar a los riscos de Skorarhamrar. Pasé por la que llaman la Cuesta de la Sangre porque, en la Edad Media, un joven se cortó allí el cuello y se dejó desangrar.

En esa zona, el serpol recubre las rocas, y cada vez que la atravieso me invade una especie de sopor profundo.

Miré hacia los Farallones de los Infantes, donde antiguamente las águilas devoraban a placer a los bebés que robaban de los henares de las granjas, mientras las madres, impotentes, daban gritos desde la costa, pues ningún barco podía acceder a ellos debido al fuerte oleaje. ¿Quién no ha oído alguna vez los llantos desgarradores de los niños procedentes de aquellos farallones en los días de niebla y viento del norte? Después pasé por el refugio de Freyuskjól, donde los hombres experimentan erecciones y las mujeres se humedecen sin motivo al pasar por delante, aunque vayan solas, pues se trata de un viejo lugar de descanso donde solían engendrarse niños fogosamente. Al recorrer todos esos parajes encantados aminoré la marcha y pensé en ti. Sí, ¿no había llegado ya a un punto en el que no había vuelta atrás? Después bajé por el barranco y crucé el arroyo de Þröngubotnalækur, ese estúpido riachuelo que desde tiempos remotos había trazado los límites entre nuestras granjas y, por lo tanto, entre nosotros, porque de no ser por aquel riachuelo la extensión de Kolkustaðir habría alcanzado todo el terreno hasta el río Víðinesá; entonces no habría existido nunca ni Alviðra ni ningún Hallgrímur, porque antes que él no habría vivido allí nunca ni su padre Jónas ni tampoco Kristinn. Solo habríamos existido tú y yo, querida Helga. Y Kolkustaðir.

El viento soplaba del norte y el sol brillaba entre el granizo, que descendía como lenguas de los nubarrones. Si el tiempo estaba así, significaba que aquel año iban a nacer más corderos que corderas. Tú decías que aquello solo eran supersticiones, y bien que me lo recordaste cuando tus ovejas parieron y resultó que las corderas eran más numerosas. Recuerdo que cuando Kútur ya había terminado de cubrir a las ovejas en celo y estaba lamiendo sal en la parte trasera del establo, te acercaste a mí y, al inclinarte sobre la barandilla, se realzó el perfil de tus blancos pechos, como dos pequeños montículos.

Como buen supervisor, palpé a tus ovejas para evaluar su condición física. Empecé hundiendo mis dedos en la lana tupida para comprobar la amplitud de su pecho y luego recorrí las costillas hasta el esternón sin hallar ninguna irregularidad. Después emprendí la exploración del lomo y las palpé a lo largo del espinazo hasta terminar en la grupa para ver si se les notaba la rabadilla. Continué pasando los dedos por cada saliente de sus vértebras mientras tú observabas sin perder detalle, y tus pezones, bellos y oscuros como los nudos de la madera de pino, rozaban el canto del pesebre. Finalmente eché mano a las patas, gruesas y robustas, y las palpé hasta las tabas. Mi conclusión fue que el ganado estaba fornido y bien alimentado, así que no albergaba dudas de que tus ovejas aguantarían el invierno. Entonces te inclinaste un poco más y entreví uno de tus pechos. Dijiste, como si nada, que yo era todo un virtuoso palpando, y me preguntaste si no tendría unas manos igual de delicadas con un cuerpo de mujer.

—Pues —dije—, a juzgar por lo que veo, tú también estás fornida.

Y antes de darme cuenta ya había tendido mi mano, en broma, hacia tus senos y, al mismo tiempo que lo hacía, tú te desnudaste un pecho, pesado y protuberante, y me dijiste que lo comprobara, como si para ti fuera lo más serio del mundo. Vi cómo se ruborizaban tus mejillas. No era a causa de la vergüenza, sino por puro ardor. Un rojo ardiente. ¿No tengo razón, querida Helga?

Me invadió un deseo carnal, penetrante y envolvente, al ver tu cuerpo desnudo en aquel escenario, pues hacía mucho tiempo que no contemplaba unas formas tan bien proporcionadas y llenas de vida. Tus provocadoras palabras prendieron en mi interior un fuego tan devastador que me vi obligado a salir al viento helado del norte para aplacarlo. Pasé un buen rato deambulando frente a la granja, como un viejo carnero al que hubieran apartado de una oveja en celo en el punto álgido de la monta.

Pero me mantuve firme. Solo Dios sabe lo duro que fue. Cuando llegó el verano, iba a refrescarme a un arroyo que no podía verse desde la granja. Allí me despojaba de toda la ropa e intentaba extinguir el fuego que me quemaba la carne bañándome en las aguas gélidas. Compuse una pequeña estrofa sagrada que nunca mostré a nadie, salvo a ti ahora, puesto que tú la inspiraste:

*Cuando entrega su amor,
la montaña resuena.
En los manantiales lava
sus cabellos de seda.*

El intento de refrescarme en el agua tenía el efecto contrario. Un día me descubrí masturbándome de la forma más brutal, algo que me daba mucho reparo porque siempre tenía la sensación de que alguien me observaba, de estar haciendo algo malo. ¿Por qué uno ha de pensar así? Con el tiempo entendí que, naturalmente, la presencia que percibía por encima del arroyo era la de los elfos que habitaban los riscos de Fólkhamrar. ¿Acaso no lo pasarán bien viendo cómo se masturba nuestra desdichada especie? ¿No les daremos lástima, esclavos como somos del deseo?

Comprendí que mi mente nunca conseguiría librarse de ti, que te desearía en tanto en cuanto continuara respirando. Me trae sin cuidado escribirlo, querida Helga; soy un anciano sin nada que perder. Pronto se apagarán mis brasas, cuando yazca con la boca abierta, llena de tierra. ¿Continuaré deseándote? ¿Me convertiré en un fantasma y apareceré con el badajo al aire buscando una oportunidad?

Encendías en mí un creciente deseo que podía transformarse en hoguera en cualquier momento y sin motivo alguno. Cada vez que veía turgentes montículos de hierba o matas redondeadas, tus formas se solapaban con ellos

en mi cabeza y ya no percibía el mundo en sí mismo, sino solo a ti en las distintas manifestaciones del universo. Cada vez que veía un cordero mamando ávidamente de su madre, yo me veía en él, o como dice la vieja rima:

*Un cordero hay en el prado,
su madre se ha extraviado
y bala desconsolado.*

Naturalmente, yo soy el único que sabe en qué lugar de estos campos se esconden los Montículos de Helga, y cuando muera, me llevaré conmigo ese nombre a la tumba. Esas prominencias redondeadas, al sur de la ladera de Göngukleif, son sin duda el fiel reflejo terrenal de tus pechos, solo que magnificados, pero su silueta, con la superficie suavemente aplanada y los costados pronunciados y abultados, parecía haber sido delineada siguiendo el trazo de tus senos por las mismas manos creadoras. Cuántas veces no me habré recostado allí, entre los Montículos de Helga, bajo el viento soleado del sur, con la cabeza hundida entre tus pechos, pensando que me abrazabas. Entretanto, en mi mente, tú cabalgabas desnuda a lomos de un caballo negro mientras yo contemplaba el lento vaivén de tus senos al compás del trote. O bien te ponías como Gjálp, la giganta de la *Edda Menor* de Snorri: abierta de piernas sobre el río, haciendo crecer tanto la corriente que yo me dejaba llevar tranquilamente por tu chorro cálido y fragante. Y allí me quedaba tumbado, el hombre al que todos en la vecindad tenían por tu seductor, una circunstancia que me presionaba de alguna manera y perturbaba mi voluntad, haciendo que te deseara todavía más. Pero me mantuve firme.

Recuerdo que hubo un temporal espantoso, soplaban un viento frío y cortante del norte, así que me resultó imposible ir hasta el fiordo a llevar el *skyr* que

Unnur había preparado. En cuanto amainó un poco, salí a remar con las barricas llenas de ese queso fresco congelado. Pues créete que, de repente, la ventisca viró y me vino de cara, del suroeste, y comenzó a entrar agua en el bote. Menos mal que hacía poco que había elevado la cubierta y comprado un motor Gauti; gracias a eso pude mantenerme a flote —de lo contrario, aquel día habría desaparecido en las profundidades del mar—. Achicaba el bote como si me fuera la vida en ello mientras lo dirigía contra el viento. Así pasé unas cuantas horas, luchando en las frías aguas del fiordo. Recuerdo bien lo que corría por mi cabeza; sí, ahora lo puedo contar: me importaba un comino hundirme, lo que me parecía verdaderamente trágico era que nunca hubiéramos hecho el amor. Ese era el único néctar de esta vida mundana que me arrepentía de no haber libado. Puede que sea así como los deseos del hombre, sofocados constantemente en su pecho, se desnudan a la brillante luz cuando uno se enfrenta a la muerte. Aunque mi deseo no se amansaba precisamente cada vez que miraba hacia vuestra granja.

«Ay *skyr* de Kolkustaðir», escribió Jens, el tendero, y así colgó el anuncio en la cooperativa. La gente se rio de la ortografía del viejo Jens durante mucho tiempo.

Luego, al llegar la primavera, tus ovejas contrajeron sarna y me llamaste para que te echara una mano con el baño de Walz. Fue la temporada en que el diputado no visitó la región, cosa que acostumbraba hacer antes de las elecciones. La cuestión fue discutida en la explanada frente a la cooperativa. Gunnar de Hjarðarnes opinaba que acaso fuera mejor votar a otro, dado que el diputado del Partido Progresista ya no se dejaba ver por la comarca.

—Uno cree en Dios aunque no lo vea —dijo Gísli de Lækur, y a continuación se sonó fuertemente la nariz con un pañuelo.

Su comentario sentenció el asunto.

Hallgrímur se encontraba adiestrando en el norte y tus hijos permanecían en el internado. Estabas sola en la granja. En la Sociedad Agraria me habían dado instrucciones precisas sobre cómo tratar la enfermedad, ya hubiera sido causada por garrapatas o por el arador de la sarna. La vecindad tenía a su disposición una especie de bañera ambulante, costeadas por la administración regional, fácilmente transportable sobre unas varas de madera diseñadas a medida que nosotros llamábamos, en broma, los pértigos. La comunidad había comprado unos orines hediondos que almacenaba en un tonel de ochenta litros y disponía también de una olla gigante de aluminio. Lo cargué todo en el carro de heno hasta tu granja. La nieve se fundía aquel día de primavera y los arroyos discurrían por cada ladera como hilillos de plata. De mí se decía siempre que era un excéntrico porque seguía mi propia metodología ganadera.

No quería que cayera en el olvido la sabiduría de las antiguas usanzas para estimular y fortalecer el ganado. La gente de Reikiavik dejaba claro que había que rebajar los orines con agua antes del baño, pero yo prefería seguir la vieja receta del gobernador provincial Magnús Ketilsson, así que primero agregué algas pardas y serrín al orín concentrado y luego añadí pez, orina humana y unas hojas de tabaco. Menuda diferencia. Lo calentamos todo en el fogón de vuestra vieja granja y, después de volcarlo en la bañera ambulante, en mitad del establo, sumergimos las ovejas en el mejunje. Seguro que recuerdas la escena tan bien como yo. Los orines te salpicaban la camisa mientras intentabas restregar el líquido contra la lana, y yo trataba de sujetar a las ovejas para que no se les llenaran de orina la nariz y la boca.

Todavía guardo vivo en mi memoria el instante en que vertí el aceite de hígado de tiburón sobre el lomo de los últimos corderos. Todavía puedo ver cómo te quitabas la camisa y cómo la luz que se colaba por el ventanuco donde están las medicinas incidía sobre tus pechos y proyectaba sombras por debajo. Vislumbré tus lomos ensanchándose desde la cintura y me quedé atenazado mientras mis ojos absorbían semejante visión. Ninguna otra imagen de este mundo me había parecido jamás de mayor belleza, excepto quizá una vez, sentado junto a un arándano en lo alto de Kúluholt, un día de finales de agosto. Contemplaba el paisaje, yermo al pie de los cerros y en las pedrizas, mientras los campos recién segados de Tungunes se engalanaban con el verde radiante e intenso del heno maduro, las tres hectáreas que yo mismo había arado y sembrado con el Farmall adquirido a través de la Sociedad Agraria — y que era el primero de la comarca—. Aquella mancha verde, hermosa como el marfil incrustado en el roble, según se describió a Tor cuando apareció entre los hombres, que nunca había tenido la necesidad de cultivar, ya que nunca utilicé el heno de Tungunes para consumo propio; antes bien, lo cosechaba y lo amontonaba en una hacina de tres o cuatro codos de alto y hasta

dieciocho o veinte de largo, que luego guardaba cubierta con una lona como provisión por si le escaseaba a alguien al final del invierno. No eran pocos los que se quedaban sin reservas en primavera, bien lo sabía en calidad de supervisor. Y tampoco era raro que a comienzos del verano la hacina de Tungunes hubiera desaparecido y no quedara ya más que la lona tendida en el suelo. Nadie se dignó jamás dirigirme una sola palabra de agradecimiento, a pesar de haber segado el heno de Tungunes durante diecisiete otoños. Esa es la verdad. «Sangra el corazón de quien debe limosnear», reza el viejo proverbio del *Discurso del Altísimo*. Tal vez aquellas gentes no quisieran reconocer que dependían de otras personas. Yo, sin embargo, dependía de ti. Lo entendí en aquel preciso instante, cuanto te vi a través de la claridad que se filtraba por el ventanuco, blanca como la hembra de salmón recién llegada al lecho del río para desovar, con aroma a orín y a hojas de tabaco.

Entonces dentro de mí se desplomó un dique y salió todo a borbotones, como un chorro a presión. Te conté lo que le había ocurrido a Unnur. Que la habían enviado a Reikiavik para hacerle una revisión después de que hubiera pasado una temporada con dolores de ovarios. Los médicos le detectaron la presencia de un tumor en el útero y consideraron que la única opción era extirparlo, aunque todavía no hubiéramos tenido hijos. Unnur me contó con voz llorosa que los médicos se lo habían arrancado de cuajo con pinzas y bisturí.

¿Acaso le consultaron su opinión?

No, no tenía voz en el asunto, nadie le preguntó nada mientras estaba allí, en el hospital, sola y muerta de miedo, pues yo no podía desatender a los animales.

Meses más tarde, cuando en principio su cuerpo ya se había recuperado de la intervención, quise intimar con ella, y resultó que la habían cosido de tal forma que cualquier roce en su vientre la hacía retorcerse de dolor. Así la habían dejado aquellos matasanos de la bata blanca. Los puntos estaban tan

apretados por dentro que ahí no podía entrar nada. ¡Menos mal que no la remendaron entera! Fueron días difíciles. La inundaba una gran humillación que brotaba en forma de lágrimas ardientes.

Una noche salió corriendo por el prado, dando gritos y en batín, presa de una especie de acceso de ira mientras yo la seguía con las botas y sin más ropa que unos calzones de lana. ¿Qué podía decirle? Cualquiera hubiera pensado que la había agredido y que corría para escapar del filo de mi cuchillo, cuando la realidad era que yo había cometido la estupidez de mencionar la operación al acostarnos. Por suerte, aquella noche no había gente asomada a las ventanas. De eso estoy seguro.

Te conté que le había sugerido que la examinaran otros médicos para ver si era posible remediarlo, pero se repitió la historia. Se puso como una fiera. Dijo que la podía abrir en canal como a una vulgar oveja machorra. Se metió en el guardarropa del dormitorio y se puso a llorar, dando tales alaridos que crepitaba hasta la última viga de la casa. Mientras tanto, yo miraba perplejo las grietas de los tablones del suelo. Nunca había visto un comportamiento igual.

Fue entonces cuando lo dijiste, mientras me lamentaba sobre tu pecho. Y no fueron las palabras en sí las que me incendiaron por dentro, sino la manera de pronunciarlas. Impregnada en el aroma denso y dulce del orín, me apretaste la cabeza contra tus senos, benditos montículos, y dijiste con voz leve y profunda, como el aire que corre por un barranco:

«Ámala... a través de mí».

¡Amarla a través de ti! Y entonces llevaste mi cabeza hacia tus pechos pesados. ¿Qué clase de hombre no habría sucumbido ante semejante gesto?

Tal vez te resulte zafio por mi parte que lo evoque y te lo envíe por escrito,

querida Helga. Pero la reputación y la respetabilidad me importan ya un bledo. ¿De qué me valen ahora que todo es agua pasada? A fin de cuentas, he de confesar que jamás he experimentado un placer terrenal de mayor deleite que nuestro encuentro carnal en el pajar, aquel día de primavera que se ha hecho eterno en mi memoria. El día en que finalmente tuve la oportunidad de palpar tu recia figura y ahogarme en tus labios rebosantes, durante aquella dichosa y fugaz época de celo de mi vida. Luego pasó lo que pasó. Yo me bajé los pantalones y tú te quitaste prenda tras prenda, dejando al desnudo tus pechos y tu copete triangular; saliste corriendo hacia el fondo del pajar y yo te seguí, poseído por un ímpetu y un deseo sin precedentes. Sobre el montón de heno, tu cuerpo temblaba y se estremecía bajo el mío. Era como tocar la vida misma. Gemías tan alto que tenía miedo de que se oyera desde la granja, pero me daba igual. Me importaba un carajo que la calumniadora vecindad de Hörgárhreppur al completo se presentara a la entrada del pajar con sus chismosas bocas babeantes y nos viera retozar sin tapujos sobre el heno. Oh, qué bellos ondulaban tus pechos, como si olas blancas rompieran bajo tu piel. Jamás había visto una imagen que alcanzara tal grado de belleza. Una imagen por la que había esperado tanto tiempo...

Me subí los pantalones. Sin decir palabra. Desvié la mirada. Me dijiste que no tenía nada de que avergonzarme. Sonreíste sensualmente, como si ignoraras dónde podía residir el pecado. Te incorporaste y te quedaste medio tumbada, apoyada en un codo, con el pelo lleno de paja, y me aseguraste, convencida, que esas cosas pasaban hasta en las mejores granjas, mientras sonreías buscando mi mirada. Estabas impecable, allí, echada sobre el heno. Vacíé la bañera y la trasladé al remolque. Me coloqué el pasamontañas y puse en marcha el tractor. Volví traqueteando por la vieja pista que bordeaba la costa para no correr el riesgo de cruzarme con alguien por el camino. Con la

entrepiera pringosa. Con la bañera de los orines en el remolque del tractor y el alma embarullada, como un fantasma recién salido de una lavadora.

Aquello no había ocurrido. Nunca había tenido lugar. Así reaccionó mi alma ante el proceder de la carne. ¡Mi cuerpo se volvió dócil, pero mi alma se endureció! Nadie debía saber nunca que los rumores se habían confirmado. Aquella noche me dolió el corazón, sabía perfectamente que había traicionado a mi querida Unnur y eso no estaba bien —mi cuerpo lo sabía—. Pero a la vez había conseguido asomarme a las puertas del cielo.

Sin embargo, por muy paradójico que parezca, fue como si los rumores se hubieran acallado una vez hechos realidad. Como si las calumnias hubieran sido dictadas por la naturaleza con el único propósito de que nuestro acto carnal se consumara. Sí, ¡tuvo que ser voluntad de la Creación, que encontró su voz en la tráquea difamadora de la vecindad! Y luego calló tras cumplirse. Me resultó mucho más fácil, con diferencia, convivir con mis vecinos tras el suceso. Como si hubiera satisfecho su voluntad. Y vaya si se relajó el semblante de Unnur. La situación en casa ya no era tan peligrosa.

Pasaron algunas semanas. Yo ponía todo mi empeño en ser más cariñoso con Unnur y no mencionar la operación, y ella no volvió a encerrarse en el guardarropa ni a desgañitarse gritando que era una oveja machorra a la que más valía abrir en canal. De alguna manera, todo se serenó como después de una tormenta. Bendito sea todo cuanto se serena y bendita sea la bondad humana. Estoy en el establo dando de comer a las ovejas. Tus caderas se perfilan sobre el pesebre. Tus pechos se condensan sobre la paca de heno. Tus gemidos de placer resuenan en el silo. Tus ojos se confunden con los ojos implorantes de las ovejas hambrientas. Miro la telaraña del ventanuco, donde un rayo de sol juguetea con el brillo verde de una moscarda. Pero no lo veo. No veo nada. Salvo tus blancas caderas en ebullición, el apetito insaciable de tus venas y tus pezones mirándome fijamente desde los nudos de la madera de

las paredes. Te veo por todas partes, con la misma «fuerza imaginativa» que poseen las ovejas, como dicen los viejos manuales de crianza.

Había llegado la época de los pertinentes baños anuales y fui a tu granja «demasiadas veces», como habría dicho la bruja Katla en la *Saga de los habitantes de Eyr*.

El año siguiente fue el más glorioso de mi existencia. El año que he bautizado como «la época de celo». Aquel invierno cayeron intensas nevadas, y las heladas inclementes congelaron la nieve hasta tal grado que en muchos lugares de la costa del norte la capa de hielo se extendía mar adentro. Ocurrió en aquellos días, entre Navidad y Año Nuevo, que la vieja Sigríður de Hólmanes pasó a mejor vida, allá en las tierras septentrionales. La muerte no escogió precisamente la estación más conveniente para asaltar con su guadaña. «Cuando llega la hora, nadie compra su escapatoria», dice el poema de Hallgrímur Pétursson. Recuerdo que el dolor por aquella pérdida quedó absolutamente eclipsado por la preocupación sobre cómo diantres nos las íbamos a arreglar para enterrar a la anciana. Aunque se diga a menudo que es difícil vivir en el norte en invierno, a la vista estaba que morir allí era aún peor. A Jósteynn de Karlsey y a un servidor se nos asignó la tarea de ir a buscar el cadáver para llevarlo a la iglesia.

Partimos en la barca de Jósteynn la víspera de Nochevieja. Aunque había marejada del norte, el mar estaba en calma cuando pusimos rumbo hacia aquella remota península que los más bromistas llamaban «las tierras bárbaras» y a la que en aquellos tiempos no llegaba ninguna carretera; tampoco ofrecía siquiera una forma decente de atracar en ella. Hasta que el área quedó desierta no se hizo una carretera en condiciones —curioso, ¿verdad?—. No es de extrañar que las tierras de Hólmanes fueran las primeras

de nuestra vecindad en ser abandonadas, pues los campos de heno eran pequeños y estaban expuestos a mar abierto. Pero, pese a las adversidades, el amor siempre florecía entre Sigríður y Gísli. Mi visita a su granja me hizo pensar en el viejo matrimonio del páramo de *La luz del mundo* de Laxness, que había sobrevivido en condiciones adversas durante cuarenta años. Eran como dos manifestaciones idénticas del mismo ser. La gente podrá burlarse de las granjas más miserables y decir que se hallan al margen de la civilización, pero ¿no será más bien que precisamente en ellas puede encontrarse más civilización que en cualquier otra parte?

El viejo Gísli hizo café y hasta lo aderezó con un chorrito de licor. Y allí, en la cocina, estuvimos charlando sobre las últimas noticias del país, sobre si las ovejas tenían diarrea, el programa del Partido Progresista y la última asamblea de la vecindad. Aprovechando la ocasión, le inspeccioné el heno y palpé al ganado, y todavía recuerdo lo hermosos que les habían crecido los cuernos a las ovejas de Gísli.

Cuando nos disponíamos a marchar, me acuciaba la sensación de que nos estábamos olvidando de algo, aunque no caía en qué podía ser. Una vez fuera de la casa, vimos que desde el norte se aproximaban unos nubarrones grises de los que descendían lenguas de granizo que lamían el mar; no había duda de que se acercaba un temporal, las olas rompían con fuerza en los escollos de Hvalsker. Parecía que la barca iba a soltarse del atracadero, que apenas resguardaba del viento del noroeste, así que nos despedimos rápidamente y subimos al bote mientras yo seguía con la cantinela de que nos dejábamos algo. Pero se me fue enseguida de la cabeza, porque tuvimos que darnos prisa para no quedarnos atrapados en la granja del viejo Gísli y evitar que el bote zozobrara en las rocas. Cuando ya habíamos remado un buen trecho en pleno vendaval y habíamos alcanzado la mitad del fiordo, Jósteyn profirió un grito de espanto. Me miró pasmado desde su bancada y dijo:

—¡Nos hemos dejado a la anciana!

Era imposible dar la vuelta sin que las olas se estrellaran contra los costados del bote. Así que acordamos decir que Sigríður no había querido abandonar a su amado esposo y se había hecho invisible, al menos a nuestros ojos. Cuando le preguntamos en primavera si a él también se le había olvidado, Gísli respondió que nadie podía pensar que la ventisca fuese a durar tanto tiempo. Así de gentil era el viejo Gísli, a quien le pareció mal interrumpir nuestra marcha precipitada en el preciso momento en que el temporal arreciaba solo para recordarnos la razón por la que habíamos ido hasta allí.

Tras nuestra proeza del olvido del cadáver, llegó del norte un vendaval de fuerza inaudita, de dimensiones monstruosas, y durante meses no fue posible emprender ningún viaje en esa dirección en una barca de remos. Ya bien entrado marzo, lo sucedido comenzó a pesar sobre nosotros, pues Jósteynn y yo éramos quienes habíamos olvidado el cuerpo siendo los responsables de su traslado, de modo que la cuestión pasó a formar parte del orden del día en la asamblea de la vecindad y, más tarde, nos llevaron una lancha motora con un bote ligero y un capitán procedente del sur, de Hólahreppur. En aquella ocasión fuimos cuatro a buscar a la buena de Sigríður: Jósteynn, Hjörtur, Gunnar de Hjarðarnes y yo, y anclamos en la ensenada de Helguvík, que estaba bastante más al sur de Hólmanes pero mejor resguardada del oleaje. Remamos hasta la orilla en el bote ligero, cuatro hombres en calzones largos pertrechados con calcetines de lana hasta las rodillas y buenas bufandas para el frío. Atracamos en la playa de Sandvík y caminamos por la arena en dirección a Hólmanes. En realidad no hacía tan mal tiempo, aunque recuerdo que el viento levantaba la nieve y nos fue muy bien hacer un descanso en la cabaña de pesca de Gísli, para sacudírnosla y recobrar fuerzas antes de

continuar el ascenso por la cuesta que conducía a la granja. Lo primero que vieron nuestros ojos al entrar en la caseta fue el ataúd de Sigríður.

Hjörtur preguntó si era de mala educación comprobar si la buena de Sigríður estaba dentro del ataúd, y dada la sorprendente ausencia de olor, alguien comentó que quizá simplemente se debía a que se había conservado bien gracias al frío del norte. Hjörtur levantó la tapa. El ataúd estaba vacío.

—No, si aún se habrá aparecido la vieja —suspiró Josteinn con su voz ronca, que sonaba siempre como un grito lejano en el páramo.

—¡Un momento, caballeros! —soltó Gunnar de Hjarðarnes, su muletilla habitual, antes de preguntarse si Gísli no habría encontrado ya un lugar donde enterrarla, aunque difícilmente podría haberlo hecho sin ataúd, a menos que hubiera hallado un hueco en la nieve.

Hjörtur intervino para sugerir que no perdiéramos ni un segundo más allí especulando sobre el dichoso ataúd vacío, ¡porque no era a eso a lo que habíamos ido! Debíamos regresar a casa antes de que anocheciera, y no nos sobraría el tiempo si teníamos que desenterrarla primero. Entonces citamos el antiguo verso: «Apenas concedió el día a los hombres su valiosa claridad».

Recuerdo que Gísli llevaba una camisa blanca resplandeciente y nos recibió con regocijo, ofreciéndonos deliciosas galletas de avena que había horneado el día anterior. Seguramente había tenido un sueño profético, o su sexto sentido le había anunciado que íbamos a presentarnos allí mucho antes de que lo hiciéramos. Al menos eso imaginé que habría pasado. Por lo visto, ese tipo de sensibilidad se fue perdiendo a medida que se extendió el uso de los aparatos telefónicos; parece ser que el teléfono hizo que se extinguiera la verdadera conexión entre las personas, del mismo modo que los fantasmas y los espíritus debieron de batirse en retirada cuando el hombre comenzó a contaminar el aire con emisiones de radio y demás ondas. La gente que vive en penínsulas de difícil acceso y está acostumbrada al aislamiento posee una percepción más

clara que otras personas. He leído que en África todavía existen algunas etnias con una sensibilidad similar, capaces de advertir con mucha antelación si se aproximan personas o animales.

Gísli nos agradeció reiteradas veces que hubiéramos hecho el enorme sacrificio de volver hasta allí y nos sirvió unas tazas de exquisito café con comino que dejó sobre el mantel de la mesa de la cocina. La primera cuestión de la agenda del día fue el mal tiempo, pues padecíamos un temporal nunca visto. Después vinieron el estado de los corderos y las novedades de la región, y discutimos si la ocupación militar representaba o no una calamidad para la nación. ¡Y tanto que sí! Ya veríamos si no acabábamos todos siendo otra vez arrendatarios. Pero no de los caciques, los sacerdotes o los obispos, sino de las grandes naciones extranjeras. Sí, como en la Edad Media. Lo mejor sería empezar a pedir asistencia social cuanto antes. «Eso pienso yo.» «Me temo que sí.» «Sí, es lo más seguro.» Entonces se hizo el silencio en la cocina. Delicados regueros de nieve fundida discurrían por la colina congelada que había junto a la granja. Hjörtur rompió el hielo:

—Hemos venido caminando por la playa y nos hemos detenido un momento en la cabaña de pesca. Hemos visto el ataúd y, bueno, como ya sabes a qué hemos venido, sentimos curiosidad por saber si ya enterraste a Sigríður, que en paz descanse, o, en cualquier caso, cómo resolviste la peliaguda situación en que te quedaste.

—Bueno —dijo el viejo Gísli—, yo no diría exactamente... que la tengo... enterrada. —Hablabá con tantos titubeos y suspiros que resultaba difícil saber adónde quería llegar.

Nos explicó que no había podido hacer otra cosa que intentar preparar lo más dignamente posible el cuerpo de su querida Sigríður. Entonces prosiguió, empleando el entrañable nombre femenino que dan los del norte a la caseta en cuestión:

—Le construí alrededor una pequeña estructura, la amarré a ella con cuerdas de cáñamo y luego la colgué del techo... eeh... de la ahumadera.

—¿La ahumadera?! —grité sin querer, pero me arrepentí de inmediato al notar que el viejo Gísli se sentía aún más avergonzado.

Bajó la mirada al suelo y nos explicó con voz temblorosa que, como no encontraba ninguna manera de resolver el problema pero, al fin y al cabo, tenía suficientes reservas de heno para ahumar, bueno y fragante, simplemente había intentado salvar de ese modo la situación...

Entonces Hjörtur se acercó a él y abrazó a aquel pobre indefenso tan fácil de hacerse querer.

—Querido amigo, ¡eso es lo que se dice saber salir del paso! ¡Qué gran idea!

Y mientras aplaudíamos la ocurrencia de Gísli de ahumar a la difunta, Hjörtur sacó una botella de ron de su chaquetón de invierno y sugirió un brindis póstumo en honor de Sigríður.

Recuerdo como si fuese ayer cuánto me emocioné al entrar en la ahumadera y ver el cuidado que había puesto el viejo Gísli en su tarea. Me dije que su método debería convertirse en un ritual funerario típico islandés que se celebrara durante el duelo por los seres queridos. El humo ayudaría a que corriera las lágrimas. Pero no parecía sencillo ahumar a todo el mundo en Reikiavik. Así que tendría que tratarse más bien de una especie de lujosa costumbre rural. Tanto daba. Gísli había construido un armazón alrededor del cuerpo de Sigríður y se había preocupado de no apretar demasiado las cuerdas de cáñamo para que el humo pudiera filtrarse sin dificultad. La había envuelto en una arpillera que cubría su desnudez a la vez que permitía el paso del humo. Había preferido hacerle una especie de jaula en lugar de unas parihuelas porque, colgada del travesaño, le resultaba más fácil darle la vuelta y así, además, el humo la impregnaba tanto por delante como por detrás.

Le ayudamos a descolgarla de la viga, y durante todo el tiempo que duró la ardua operación, Gísli no dejó de hablar a Sigríður como si estuviera vivita y coleando: «Mira, cariño, por fin han venido del campo a buscarte... Ahora vas a hacer un pequeño viaje en barco, tesoro». Así hablaba a aquella mujer cuyo cuerpo había preparado con tanto esmero para el entierro. Gunnar de Hjarðarnes no pudo resistir la tentación de decir algo que, en realidad, se nos había pasado a todos por la cabeza al sacarla cuidadosamente de la jaula y meterla en el féretro, con la piel tostada y lozana, fragante como la mejor carne ahumada; incluso habría jurado que se dibujaba una sonrisa en su rostro. Gunnar dijo:

—No sé qué os parecerá a vosotros, ¡pero yo creo que Sigríður nunca tuvo mejor aspecto!

Las lágrimas lucían en las mejillas de Gísli mientras clavaba la tapa del ataúd. Había solicitado hacerlo él mismo, y entretanto no dejó de hablar a Sigríður. Gísli embarcó con nosotros, y el domingo siguiente Sigríður fue por fin enterrada.

No recuerdo ni una sola palabra del sermón fúnebre del reverendo Hjálmar, pero doy fe de que ninguna ceremonia litúrgica huele tan bien en mi memoria como el entierro de Sigríður. Gísli fue siempre un granjero ejemplar. Nunca le faltó heno; sus ovejas parían casi sin excepción dos crías, eran dóciles, tenían cuernos y estaban invariablemente limpias. Tras la muerte de Sigríður continuó con su vida de siempre en su granja modélica de Hólmanes hasta que lo hallaron muerto en el pesebre con el regazo lleno de heno. Eso fue unos años después de que ocurriera esta historia. Mucho más tarde supimos que un vendaval del suroeste se había llevado por delante la fachada de la granja, y durante el verano los excursionistas entraban a curiosar. La casa fue demolida poco después, junto con los establos.

La última vez que pasé por Hólmanes no quedaba de todo ello más que la

verde colina donde una vez estuvo la granja. La brisa sobre la hierba fresca y el recuerdo de las personas. Así, querida Helga, acabarán también nuestras granjas.

Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí, hablaba de la época de celo de mi vida. Cada vez que Hallgrímur estaba de viaje, ocupado en sus faenas de adiestramiento, y tú tenías que lidiar con todas las labores propias de un granjero, yo te echaba una mano, y lo que hiciera falta, si se le permite a este buen anciano mostrarse así de gracioso. El camino hasta tu granja se me hacía siempre corto. Fue el año en que me enfrenté al consejero de agricultura y le escribí una carta en la que le sugería que se replanteara su criterio a la hora de otorgar las calificaciones, porque aquel morueco de Ingjaldur de Hóll era un absoluto inútil cubriendo ovejas.

En primavera se celebró una feria de moruecos en Eyri. Una luz dorada y brillante centelleaba en las montañas mientras la cálida brisa del oeste penetraba en el fiordo. Llevaba puesta una camisa y la chaqueta de rayas. Subí a Kútur, recién cardado, al remolque del Land Rover, me encendí un cigarrillo Commander y me puse en marcha, con cierta expectación. Kútur era el morueco de mayor porte que jamás había tenido, eso ya lo sabes, querida Helga, pues no fueron pocas las ocasiones en que lo usamos para cubrir tus ovejas. Así que allá íbamos los dos, en la flor de la vida. Lo había comprado en el sur, en Fljót, pero descendía de un carnero alemán de primera clase mezclado con sangre del linaje de Jökuldalur. De cuernos cortos y morro ancho, con la grupa bien fornida, las piernas robustas hasta las canillas y un perfil en forma de U invertida que le daba un aplomo superior, tenía el tórax

prominente y un pecho voluminoso y amplio, no como los moruecos zancajosos de Ingjaldur de Hóll. La lana interna era tupida y sin mechones, y la de fuera rizada y de mediano espesor en los costados y el lomo. Sus ojos, oscuros y vivaces. Dejaba en la balanza poco más de cien kilos. Una muchedumbre había acudido hasta Eyri, y frente a la Casa de Juntas se oía el rumor de numerosas conversaciones. Llegaban de los lejanos fiordos y del este, de la región de Tunga. Hablaban del tiempo, la diarrea, la política del Partido Progresista, la Sociedad Agraria y la ocupación militar. Se sonaban la nariz. Esnifaban rapé. Circulaban una o dos petacas, y Steinar y Bragi, los granjeros hermanos de Eyrabær, cantaron poemas de Kristján Óli, ese gran genio del verso, con una cadencia deliciosa, con suavidad y sin apenas esfuerzo, con intervalos de quinta:

*Pronto en paz he de partir
y sucumbir en el polvo.
Mucho y bien pude vivir,
me ha bastado con muy poco.*

*Mi pecho dentro guardaba
—igual que a otros dieron uno—
un hilo que me guiaba
y al que no hice caso alguno.*

*Con la vida he discutido
sobre el valor de mi sueldo.
Ahora hemos decidido
olvidar el desacuerdo.*

Entonces apareció el consejero en persona con su bata blanca y recorrió la fila sosteniendo la cinta métrica junto a cada carnero, palpándolos antes de mandarlos pesar al lado de la Casa de Juntas. Recuerdo que yo tenía bastante confianza, me parecía que Kútur sobresalía entre los demás, y a muchos oí decir que me había hecho con un animal excelente y que no lo perjudicaba en absoluto estar emparentado con un carnero alemán de primera clase y con el linaje de Jökuldalur.

El consejero no era de la misma opinión. Me comunicó que tenía las patas demasiado largas, desproporcionadas en relación con el pecho y el espinazo. Eso es lo que dijo el egregio señor consejero: ¡que Kútur era garrilargo! Perdí los estribos cuando anunció en la ceremonia, subido a la tarima engalanada de cintas, que concedía el primer premio al morueco de Ingjaldur de Hóll. Y para colmo, recomendó que en las granjas vecinas hiciéramos el máximo uso posible de él durante el siguiente apareamiento.

Aquel Dindill de Ingjaldur había ganado por tener las patas más cortas. ¡Pero si era un engendro zancajoso sin el más jodido pecho! Por no hablar de sus cuernos, tan prominentes que apenas le permitían pastar en suelo llano. No daba crédito. ¡El muy barrigudo! Lo sucedido irritó a la mayoría, y dio lugar a que se compusiera una estrofa que enseguida estuvo en labios de todos, pues el propio consejero andaba como un pato y era flaco y patilargo hasta decir basta:

*Aun si él mismo se midiera
no le daban galardón.
La distancia a la entrepierna
le supone un problemón.*

En realidad, el país entero era cuna de excelentes ganaderos. La primera

lección que uno aprendía de los más veteranos era que las ovejas debían tener las patas largas para poder pacer por las playas en invierno, durante la bajamar, y por los parajes más agrestes, llenos de montículos de hierba. Pero ahí teníamos a don Mandamás. Un hombre de dilatada carrera académica que había aprendido con los manuales de la escuela de Reikiavik que las ovejas debían ser paticortas para estar a no sé qué moda del resto del mundo. ¡Y luego la gente se las veía teniendo que aparear a sus ovejas con un morueco tan tripudo y chaparro que se desplomaba en los primeros matojos que encontraba y se quedaba en el suelo despatarrado! ¡Virgen del amor hermoso! Pues así eran los moruecos de Ingjaldur. Hay una historia al respecto que fue muy popular durante un tiempo. Una vez llegó un visitante a la granja de Hóll preguntando por Ingjaldur y un muchacho le dijo que su padre no estaba en casa, que se encontraba fuera, «enderezando a los moruecos».

El caso es que así es como se desmorona todo lo que se ha construido con el tiempo en la cultura islandesa; la gente se va al extranjero y aprende cualquier mamarrachada que no guarda ninguna relación con Islandia, e intenta hacer todo lo posible, en nombre de las nuevas tendencias, para echar a perder y mandar al carajo las prácticas singulares que se han desarrollado aquí. En Italia comen gorriones. Mi abuela Kristín me enseñó a preguntar en primavera a la pitita lo que depararía el futuro, y también que no debía robar los huevos a la collalba gris, porque se me agarrotarían los dedos hasta quedarse rígidos. ¿No era más bonito vivir bajo aquellas creencias y deleitarse con los pobres pajarillos en vez de comérselos por estar a la moda de algún lugar del mundo?

Y ahora, ¿por dónde iba? Ah, sí. Recordarás mejor que yo, querida Helga, el día en que llevamos las ovejas en celo hasta la playa de algas rojas e intentamos cubrirlas con el carnero de Ingjaldur. Había un viejo aforismo que

según mi padre provenía del filósofo griego Aristóteles, aunque yo todavía recuerdo cómo lo formulaba el gobernador provincial Magnús Ketilsson, para quien el hecho de parir dos crías obedecía «a la gran fuerza imaginativa de aquellas ovejas que tienen ante sus ojos el mar y la tierra simultáneamente en el momento en que el carnero libera y la hembra recibe». Así lo expresó, el buen hombre. Y, desde luego, daba resultado.

Pero no había manera de aparearlas con aquel gordinflón. Su puñetero balido monótono, como un resuello constante, me sacaba de mis casillas. Se armó un revuelo entre los granjeros y nos pusimos todos de acuerdo para que Kútur, Bassi y Klængur se encargaran de cubrir las ovejas restantes. Redacté una carta feroz. Puse en entredicho las competencias del egregio consejero de agricultura a la hora de calificar el ganado. Manifesté no estar dispuesto a ver cómo mi rebaño se iba a pique a causa de un morueco inservible como Dindill, que aquella nueva moda paticorta venida del extranjero no tenía cabida en un terreno accidentado y plagado de montículos de hierba como el nuestro, qué iba a ser lo siguiente; ¿acaso empezaríamos todos a comer gorriones? Dejando aparte que el parentesco entre Dindill y las ovejas de Jökuldalur era demasiado estrecho, y eso hacía que no fuera ideal para procrear (según el artículo 4 del *Manual de ganadería ovina* de Hálfván, Helgi y Jón, Akureyri, 1855). Además, en él se hacía constar que el ganadero debía elegir el carnero más elegante y de mejor linaje (véase el mismo manual), y Dindill era cualquier cosa menos elegante. El bichejo ofrecía, en realidad, una desproporción espeluznante. Recibí una carta de respuesta aún más feroz.

Yo seguí en mis trece.

En calidad de supervisor, fui a comprobar si seguías estando fornida. En la

parte trasera del cobertizo, donde guardabais la maquinaria, habíamos descubierto un pequeño rincón donde los rayos de sol se filtraban por entre los intersticios de los tablones, brindándome así la oportunidad de examinar tus carnes minuciosamente, a la luz del día. Era nuestro pequeño juego privado. Me pediste que te hiciera un reconocimiento, así que comencé a deslizar mis dedos por tu esternón y no te encontré la más mínima irregularidad; seguidamente recorrí las costillas una a una y comprobé la fortaleza de tu espinazo; después eché mano a tus ijadas y descendí por los muslos hasta las canillas, haciéndote estremecer como un chopo al viento; te palpé con dedos sensuales e inspeccioné con precisión la curvatura de tu caja torácica y la consistencia de tus pechos. Tú gemías de placer. La visión de tu cuerpo desnudo bañado por los rayos de sol refrescaba la vista como una flor solitaria en el saliente de un peñasco. Realmente no tengo nada con que comparar aquella visión. Lo más parecido que se me ocurre es el momento en que llegó el Farmall. El instante en que rompí el armazón y los cartones que envolvían el tractor y admiré aquella gloria resplandeciente que habría de revolucionar la vida. Ya ves lo mezquinos que pueden llegar a ser mis pensamientos, querida Helga: te comparo, a ti, joven y desnuda, con un tractor. Sé que no hago más que empañar tu belleza al equipararte a objetos mundanos. Pero eras un tractor esplendoroso.

Solo Dios sabe que alojé aquella visión en la estancia más recóndita de mi corazón, para toda la eternidad. La guardé en un cofre bajo mi custodia. Junto a la sierra circular de cortar madera, envolví tus pechos con mis manos y palpé su turgencia, inmerso en la fragancia del heno recién segado. Tu copete de raigrás a plena luz del día. Yo y mi Kútur. Ambos en aquel grato destino que la vida nos había deparado. Cuando hicimos el amor, tus pechos ondeaban

sobre tus costillas. Como cisnes sobre una ola. Yo liberé mientras tú dabas gritos de placer y pronto estuve listo para tomarte de nuevo. Tal era mi inaudita e insaciable pasión. Estaba enamorado. Lo amaba todo. También a mi querida Unnur. Flotaba como una nube nacarada surcando los días. Me daba igual trabajar como un mulo, porque por entonces, además de ser el supervisor de la vecindad, salía a pescar lumpos con la barca cuando había ocasión en primavera y, por si fuera poco, me llevaba también la red para capturar crías de foca, todo ello como complemento a las tareas del campo. Hasta amplíé los establos en esa época. Saltaba de la cama por la mañana. Recuerdo aquella vez en que cociné hervida la cabeza de un bacalao enorme que había quedado atrapado en la red de los lumpos. Estaba sentado en la cocina rechupeteando el dulce jugo de las espinas, con el mentón brillante de aceite de hígado, mientras me decía que ¡tus besos serían todavía más dulces y lujuriosos! Durante nuestro encuentro fugaz en tu granja fuiste tan cercana... Con esa honestidad que manaba de tu corazón y que solo tú poseías, me dijiste que me querías y preguntaste si no debíamos simplemente huir lejos, juntos, y abandonar la vida del campo. De primeras me eché a reír, sin tomar en serio tus palabras. Traté de expresar lo que sentía, pero mis intentos fueron inútiles.

Y así fue como, de manera fulminante, llegó a su fin.

La época de celo de mi vida.

El cielo se nubló. Y cualquiera sabe que cuando una mujer mira a un hombre del modo en que tú lo hacías aquella tarde de otoño, fuera del pajar, es porque porta una nueva vida en sus entrañas. No tenías que decir nada, todo había adquirido otro tono. Era como si la vida misma hablara a través de ti. En tu pecho latía un temor que te apagaba la voz. Tu conmoción despertaba en mí una profunda empatía y al mismo tiempo me dejaba estupefacto. Me sentía como si le hubieran asestado un hachazo a mis emociones. Pletórico de alegría al saber que había encendido la chispa de una vida, la noticia me dejó aturdido, indeciso y sin palabras, porque en el fondo eso era exactamente lo que yo quería: hacerte un hijo. El problema eran nuestras circunstancias, con las lenguas viperinas de la vecindad acechando por todas las esquinas.

Tú veías dos opciones, decías. A cual peor para mí, ya lo sabes, querida Helga. Sugerías que nos despidiéramos de la vida rural y nos mudáramos a Reikiavik con tus hijos para comenzar una nueva vida. Había trabajo de sobra con los norteamericanos y alojamiento barato por todas partes. Podrías encontrar un empleo a media jornada como dependienta o limpiadora. Todo iría sobre ruedas. Serías incapaz de seguir viviendo al lado de Hallgrímur tras la separación. Tú querías marcharte, y yo, el supervisor de Hörgárhreppur, Bjarni Gíslason de la granja de Kolkustaðir, debía ir contigo. En la ciudad tendríamos un futuro prometedor, allí no faltaba el dinero, y como yo era un

manitas capaz de fabricar todo tipo de cosas o reparar cualquier máquina, no tardaría mucho en encontrar trabajo.

Allí no habría metomentodos, decías, como en nuestra vecindad. Allí era posible hacer un curso de costura y comprar tela y revistas con patrones para que los chicos fueran vestidos como personas normales. Allí la gente era educada. Allí uno podía estudiar lo que le viniera en gana. Tenías un sueño, me dijiste. Habías estado leyendo. Querías aprender cerámica, dijiste, modelar cazuelas de barro, vasijas y piezas de arte. Allí se podía ir al teatro y tomar un *chocolat* en una cafetería; se podían ver otras obras aparte del *Skugga-Sveinn* de siempre. En Reikiavik no soplaban eternamente las malditas ráfagas de viento helado del norte que entraban por el océano, como aquí. Tu discurso persuasivo estaba impregnado de un fervor y un entusiasmo tan convincentes que me dejé seducir por tus palabras, sonreí e imaginé la vida en la capital con el resplandor que tú le dabas.

Entonces recordé quién era yo.

Mi sitio.

Me di la vuelta y miré hacia las lenguas de estiércol que salían del establo.

Tú te derrumbaste y rompiste a llorar. Lo recuerdas tan bien como yo. Me implorabas honestamente, con el corazón en la mano. Tus palabras me herían en lo más hondo. Me senté sobre unas estacas para hacer cercas que había apiladas junto al establo. Señalé las montañas a nuestro alrededor y, con voz llorosa, musité una estrofa de Sigurður Breiðfjörð:

*Madre tierra, amado suelo,
cuna que me vio nacer.
En tus días luce el cielo,
en tu seno he de crecer.*

—No me vengas con ripios de mierda, ¡qué madre tierra ni qué niño muerto!
—me dijiste.

Así de deslenguada y tajante podías llegar a ser, y eso no te hacía sino más atractiva, mientras acrecentabas mis dudas respecto a la decisión que debía tomar. Dijiste que no podrías continuar viviendo allí, sumida en el eterno escarnio, en las narices de Hallgrímur y de toda su casta, diseminada por todas partes. Sería imposible que te presentaras en la cooperativa como una persona respetable. «Por ahí viene el pendón que le hizo hijos a Bjarni estando casada con Hallgrímur.»

Ya iría yo a la tienda.

No. No había compromiso posible. No estabas dispuesta a dejar correr ningún rumor sobre adulterios ni a pasarte el tiempo desmintiendo las habladurías que salieran del gazzate infamante de la vecindad. Así lo declaraste. Caray, qué talento para expresarte, mi querida Helga. Siempre recordé esas palabras: «del gazzate infamante de la vecindad».

Hallgrímur también había intimado contigo. Si yo te rechazaba, el hijo sería suyo.

Necesitaba reflexionar a toda costa. Me marché cruzando el henar. Me heriste en lo más hondo cuando me advertiste en voz baja que no esperase mucho tiempo.

Durante las noches siguientes no pude conciliar el sueño. En una ocasión, después de haber estado dando vueltas en la cama, me levanté, caminé hasta el redil y pregunté a las ovejas si podían imaginarse tener un nuevo patrón. Consideré incluso la idea de trabajar para los norteamericanos en Reikiavik. Les dije que amaba a una mujer. Me miraron con ojos de asombro. Embridé a mi querido Skjóni y subí por el valle montado a su lomo. Un viento cálido

hacía ondear los tallos de hierba en los pedregales, y un penacho de nubes bajas se abalanzaba sobre las cumbres y descendía por las piedras sueltas de las laderas. Cabalgué por la senda que cruzaba el pedregal; atravesé extensiones de montículos de hierba, marjales y verdes llanuras. Me detuve al llegar al cerro donde descansa el primer colono y los caballos nunca pastan. Miré hacia la granja donde habían vivido mis abuelos, que durante mi infancia habían sido tan buenos conmigo. Mi abuela Kristín parecía tan antigua como los mismos colonizadores de esta tierra; mis recuerdos la preservan embalsamada en la dulzura de la edad proveya. En su época, el jabón aún no había llegado al campo; las prendas de vestir y la ropa de cama se lavaban con orina, como venía haciéndose desde tiempos inmemoriales. Decía que las mujeres ya no tenían pelo, solo cuatro mechones muertos en la cabeza. Cuando ella era moza y las muchachas se lavaban con orina, sus cabelleras relucían largas y recias; así lo describía.

Unas nubes fantasmagóricas sobrevolaban la hondonada por encima de mí, y tenía la constante impresión de que las figuras que formaban querían transmitirme algo, un mensaje a mí solo destinado. ¿Tendría ocasión de mirar ensimismado las nubes en Reikiavik? ¿No se aturdirían mis sentidos, como cubiertos por bellotas de mar, ante el esplendor de la vida?

¿Debía mudarme a la ciudad con el fin de cavar zanjas o construir barracas para los norteamericanos? ¿Dar la espalda a las ovejas que mi viejo padre me había legado y por las que me había desvivido día y noche, estimulándolas y fortaleciéndolas para que alumbraran con frecuencia dos y tres crías? ¿Abandonar las tierras donde mis antepasados habían vivido un milenio entero para trabajar en una ciudad donde uno no podía admirar nunca el fruto de su sudor porque no era más que un arrendatario o el esclavo de otros, donde la multitud llamaba al tiempo dinero y se gastaba en teatros y ocio lo que ganaba en una oficina con sus trajes de tergal? ¿Lejos de los elfos que se escondían en

las colinas, de los parajes donde cada cerro y cada hondonada tenía una historia que contar? ¿Lejos del lugar donde una vez disparé a un zorro mientras defecaba, de las piedras con las que conversaba de pequeño, de las matas de algodón de las ciénagas y de las laderas que escondían un pasado oculto? ¿Por qué no podíamos tener tú y yo una vida aquí, en el campo? Ya no vería nunca más la densa hierba de Hvaleyrrarholtstún que yo mismo había cultivado. Quizá entonces fuera tierra de abundancia y riqueza, pero ¿y mañana? ¿Quién lo sabía?

Recuerdo haber dicho que las sociedades eran como las manzanas: cuanto más grandes, menos sabrosas. Lo sabía bien por el pedido de manzanas que el viejo Jens había hecho en la cooperativa.

Me contestaste que no tenía ni pajolera idea, ni de manzanas ni de Reikiavik. Tenías respuesta para todo. Era admirable.

Fui a visitar la tumba de mi padre y recordé la promesa que le había hecho cuando en el lecho de muerte me nombró su heredero. Kolkustaðir había pertenecido a nuestra familia durante nueve generaciones, y le juré que no vendería la tierra a personas ajenas a nuestro linaje. Mi hermano Sigurjón había fallecido recientemente a causa de la tisis, Marteinn era tan solo un niño, y mi hermana Lilja, una pobre desgraciada. Se le había metido algún demonio en la cabeza y empeoraba de día en día. En cualquier caso, sabía que mi alma se quedaría aquí, que no me la llevaría conmigo a Reikiavik.

—Tú verás lo que haces —dijiste—. ¡Pero si yo fuera la que tuviera que decidir, apechugaría con ello!

Palideciste y frunciste los labios. Tus ojos. No podía mirarlos, dolía demasiado.

Parecía que nuestros lazos se iban a romper de un momento a otro. ¿O lo hicieron realmente?

Sabías que aquel hijo era mío, aunque nadie llegaría a saberlo jamás. En

aquel instante se truncó nuestra relación. Nunca más nosotros dos. Un atardecer a la entrada del pajar y se terminó nuestra historia.

¿Recuerdas lo que dice la *Saga de Grettir*? «Muchas son las cosas que acontecen al final de la tarde.»

Sé que mi corazón me decía que te quería cuando te miraba, y veía lo seria y firme que te ponías cuando te enjugabas las lágrimas y me decías todas esas cosas mientras yo, allí delante, era como un madero a la deriva a merced de los elementos, zarandeado por las olas. No hacía sino desearte aún más. ¿No es lo que le ocurre al amante en presencia de la amada, querida Helga: que se vuelve un tarugo de madera a la deriva y se echa atrás ante la magnitud del amor?

Sin siquiera darme cuenta, me puse a observar cómo crecía tu vientre. En la distancia. Y así se confirmaba el viejo dicho según el cual la hoguera del amor que ha encendido una gran llama no se extingue en un atardecer.

Desde aquel atardecer avanzado he sido siempre el que no se fue, el que antepuso las penurias de una vida de granjero al amor. Admito que en ocasiones se me hacía duro. Por ejemplo, la vez en que fui a vuestra granja como supervisor para inspeccionar el heno y el ganado y la pequeña Hulda vino corriendo hacia mí y me abrazó de un salto. Por aquel entonces tendría la criatura unos tres años, y no me conocía más que por la intuición y los sentimientos que afloran de la misma sangre. Se vertió sobre mí un cariño que lo empapaba todo. Sus rizos blancos resplandecían al sol —más blancos que alas de cisne—, y me preguntó si quería jugar con ella en el cajón de arena. Con su voz de cabritillo y el asombro en sus ojos azules. Fue entonces cuando saliste de la casa y nos viste allí, en el terraplén; seguro que lo recuerdas. La ahuyentaste con un aspaviento. Le advertiste que no debía bailotear el agua a los desconocidos. Esa expresión utilizaste: «bailotear el agua».

Me metí en el establo de las ovejas. Me senté sobre el montón de paja donde nos habíamos amado poco antes, o al menos eso me parecía; donde hacía apenas unos instantes había visto ondular tus pechos sobre tus costillas, como cisnes en una ola.

Por mucho que intentara hacer de tripas corazón, unas lágrimas sordas se abrían paso en mi interior y brotaban como manchas de sangre que impregnaran una gasa. Era un llanto monstruoso. Sentía cómo mi voluntad descendía hasta mis pies; cómo estos querían escapar a la explanada de la

granja, donde yo debía decirte: «Vayámonos». Esa sola palabra. «Vayámonos.» Pero recobré la compostura. Uno no debe rendirse nunca. Pensé en el tipo de persona en que me convertiría en Reikiavik. En la ruina, contigo y con tres niños. ¿Habría podido amaros a ti y a los hijos de Hallgrímur en semejantes condiciones? ¿Estás segura, querida Helga, de que todo nos habría ido bien? Por ti yo habría cavado una zanja. La misma zanja toda mi vida, rellenándola una y otra vez. Habría andado y desandado el páramo todos los días en zapatillas de piel de pescado, y con la única esperanza de poder tocarte con solo la yema de un dedo. Por ti habría comido jabón si me lo hubieras pedido. Pero renunciar a mí mismo, abandonar la tierra y la granja que me habían hecho quien era, de eso no era capaz. Y menos mal que recobré la compostura. Mientras me secaba las lágrimas sobre el heno, apareció Hallgrímur en el umbral.

Confieso que a menudo había pensado en cómo podría deshacerme de él de modo que pareciera un accidente. De ese granjero gandul que no valía para nada salvo quizá para adiestrar yeguas. Se me ocurrió convencerlo para que fuera conmigo a arreglar el enganche del Farmall. Entonces me encargaría de que el tractor se pusiera en marcha —ocurría a menudo, involuntariamente— con la palanca del gas a tope y lo atropellaría dando marcha atrás sin que me diera tiempo a reaccionar. Pero todo aquello no eran más que miserables fantasías mías, una especie de consuelo maligno que invadía mi conciencia sin poder remediarlo. Sabía perfectamente que esos pensamientos procedían de mi descontento conmigo mismo y que, por esa razón, tales sandeces no eran más que pan para hoy y hambre para mañana. Por supuesto, nunca le habría causado daño alguno. La historia no tenía por qué acabar como la de mi tocayo de *Svartfugl*. Esa jamás fue mi intención.

Recuerdo que aquel año lanzaron la bomba atómica sobre Japón. En otoño se convocó una reunión en la Casa de Juntas por algún motivo y no tardó en salir el tema de la reciente catástrofe. Se había oído que existían suficientes bombas para exterminar la vida en la Tierra más de una vez. Según otros, la situación podría descontrolarse sin que nadie pudiera hacer nada al respecto.

Ingjaldur de Hóll tomó la palabra y dijo con gesto meditabundo que el hombre nunca había fabricado un instrumento que no fuera capaz de controlar.

Entonces se puso en pie un jornalero de Rauðamelur, repeinado con gomina, y aseguró que él sí conocía un caso. Una vez, Héðinn de Klaufnabrekka se había hecho una carretilla tan grande que al cargarla de bostas de vaca y bajar con ella por la pendiente del henar perdió el control y se le volcó de costado. Y allí seguía todavía.

Cuando el mozo hubo concluido su historia, los asistentes guardaron silencio.

—Ya ves tú —dijo Gunnar de Hjarðarnes rompiendo el silencio antes de sacudir un pañuelo y sonarse la nariz.

La lista de oradores se terminó en un santiamén. Aquellos que se habían preparado una raya de rapé antes de las disquisiciones la esnifaron, se sonaron la nariz y comenzaron a dar muestras de querer marcharse, y la reunión se disolvió enseguida.

Invertí en unos prismáticos nuevos y encargué en la capital el gran atlas de las aves. Mi querida Unnur reparó en mi nuevo interés por la ornitología. En realidad, pocas veces observaba las aves, únicamente cuando Unnur o algún otro se me acercaba o miraba hacia mí. Entonces yo señalaba en dirección a la ladera o al valle y comentaba el comportamiento inusitado de la agachadiza, que estaba poniendo los huevos entre los derrubios de roca, a más altura de lo habitual. O mencionaba lo temprano que los correlimos se estaban agrupando en los bancos de arena, o el poco alimento que el charrán llevaba aquel verano a sus crías. Pero solo la observaba a ella. Y a ti. La veía columpiarse sola, frente a la casa, en el columpio que hacía tiempo yo mismo te había ayudado a construir para los mayores, Einar y Vigdís. Era testigo de cómo te llamaba cuando estabas fuera tendiendo la ropa, seguramente para pedirte que la empujaras. Llamaba a Hallgrímur, que zascandileaba delante de la casa, pero él no se dignaba ni mirarla. Yo observaba cómo subía al columpio y se daba impulso con la misma determinación que tú tenías cuando la llevabas en el vientre. La veía contemplar la hierba con ojos soñadores, sacando la lengua concentrada mientras volcaba arena en el cajón —eso le venía de mí—, corriendo en círculos por el henar. Lloraba. Se resbalaba. Se volvía a poner en pie. Imitaba a sus hermanos. Preparaba la comida, igual que tú, y le ofrecía a la gente huesos de oveja con salsa de arena. Observaba a mi hija haciendo

pasteles de barro, en la distancia, hasta que ya no podía ver nada más porque las lágrimas empañaban las lentes de los binoculares.

Compuse una estrofa en la que comparaba a la pequeña con los rayos de sol, que nos calientan y nos llenan de júbilo sin dejarse apresar con las manos ni poseer. Proceden de otro mundo, como sus rizos blancos que revoloteaban en la cálida brisa:

*A mi alma llega el calor
del sol y de tus cabellos,
y aun siendo del mismo blancor,
mi corazón siente un hueco.*

Vosotras dos sois la única religión que he profesado. Nunca he optado por hallar consuelo en Dios ni en Jesucristo cuando en mi vida han venido mal dadas. Por supuesto que hay muchos que pasan hambre y sufren necesidad. Nunca me ha faltado de nada, ni a mí ni a los míos, y yo mismo soy el responsable de cualquier decisión que haya tomado; sin molestar a esos respetados señores en su labor. Del mismo modo, he comprendido que ese Dios que está en los cielos tiene que haber sido, en parte, creado por la humanidad. Aun así sé que existe, pero no diría que lleva barba a semejanza del hombre. Siempre me ha parecido que nos hablaban a través del color otoñal de la vegetación, o del aroma del madero que ha sido arrastrado por el mar y luego es cortado pulcramente en estacas más longevas que uno mismo.

He tenido ideales y los he perdido. Sin ir más lejos, quizá mi fe en la Unión de Cooperativas Islandesas haya sido una especie de religión. Durante mucho tiempo formé parte de la dirección de nuestra cooperativa, supervisando la matanza y la salazón para el mercado noruego. Y al igual que en la *Saga de Nial* se veían tres espadas en el aire cuando el vikingo Gunnar de Hlíðarendi

esgrimía su espada, de mí se decía que se veían tres cuchillos en el aire cuando descuartizaba espinazos de lechales antes de conservar los cuartos en un tonel de roble. La idea inicial de la Unión había sido fundar una organización de granjeros con el propósito de salvaguardar sus intereses y garantizar el buen precio del producto. Puedo asegurar que aquel fue el único atisbo de socialismo que he visto en estos confines, y probablemente el único testimonio en toda la historia de este país. Algunos granjeros eran tan fanáticos del movimiento cooperativo que nunca se podía hablar mal de la Unión. He presenciado la decadencia de la cooperativa y de la crianza, porque a lo largo de su transcurso el ideal fue quedando en el olvido, al igual que los granjeros, mientras allá en Reikiavik la Unión se convertía en un imperio y en un grupo de parásitos que asestaba un hachazo al propósito mismo de su origen. También han recorrido un largo trecho hacia el exterminio de la ganadería nacional. Así es como ha evolucionado el ideal, y acabarán siendo verdad las palabras del poeta: rara vez disfrutan del fuego los primeros en encenderlo.

Sabes bien, querida Helga, que no soy el típico viejo que ensalza el pasado y echa pestes del presente. Es cierto que se ha progresado en muchos aspectos, pero ¿experimentará alguna generación venidera unos cambios de tamaño envergadura en el lapso de una vida? Nosotros, que nos criamos en una cultura que apenas si había evolucionado desde la colonización, y que a la vez hemos llegado a conocer el dudoso mundo moderno, con su tecnología, sus inventos y sus productos pasteurizados. Claro que la llegada de las botas de goma supuso un progreso. Todavía no había hecho la confirmación cuando mi padre me mandaba a segar los marjales del valle, y allí pasaba la mitad del verano, chapoteando en un lodazal con mi calzado de piel de cordero hasta contraer una pleuritis de aúpa. Se me concedían escasos días para recuperarme, y luego mi padre volvía a enviarme al valle. Me costó muchos años recobrar todas mis fuerzas, de modo que, como podrás imaginar, un hombre así es feliz

cuando le tienden su primer par de botas de goma. Nosotros, que con la llegada del cemento hemos visto excavadoras derribando las granjas de tejado de hierba de Hörgárhreppur. Una cosa es creer en el progreso y asimilarlo, querida Helga, y otra, desdeñar el pasado. Todas esas viejas granjas han desaparecido porque recordaban el frío y la humedad, y eso que la gente llama despiadadamente «una vida de cavernícolas». ¿Y qué cultura tiene el que así habla? En el momento en que un hombre da la espalda a su propia historia se vuelve pequeño. También supuso una revolución la llegada del teléfono y la radio al campo; mi abuela Kristín preguntaba cómo cabía un hombre entero en aquella caja tan pequeña, refiriéndose a la radio. Ella llevaba razón cuando afirmaba que todo cuanto se decía al teléfono era mentira, y por lo tanto, el aparato no era de fiar. Y aunque se glorifique el transistor y el valor práctico del parte meteorológico, el hecho es que más tarde uno recuerda muy poco, si no nada, de lo que sale de él. Por el contrario, algunas de las lecturas en voz alta que se hacían de los *Salmos de la Pasión* o los *Sermones Vidalín* se anclaban en la memoria: las expresiones de la cara de la persona que recitaba, los matices de su voz, los suspiros mientras leía y la tertulia de después. ¿Y no estaba en lo cierto el viejo Vidalín cuando decía que era fácil pervertir la bondad y tornarla maldad, pero difícil domeñar la maldad para convertirla en bondad? El transistor llegó y Vidalín murió, como compuso Bárður de Staður.

Lo que uno recuerda mejor son los momentos en que los hombres se reunían, por ejemplo en la explanada de la cooperativa o en el grupo de lectura, cuando alzaba el vuelo la magia de las historias. ¡Ahora los hombres no hablan los unos con los otros, ya no se reúnen! Y ya no se encuentran buenos narradores por ninguna parte.

He intentado hacer algo más que dedicarme simplemente a la ganadería y a la

pesca. He luchado por toda clase de intereses que consideraba importantes. Construí rucas de quince hilos para más de una casa porque no había razón para que la gente del campo se sentara en invierno de brazos cruzados pudiendo quintuplicar el precio de la lana.

He realizado un sinfín de manualidades. He confeccionado trabas de hueso y crines, y también escobas y cepillos para limpiar lámparas de aceite con los mismos materiales, hebillas para cinchas, recogedores de hojalata, pinzas de madera para la ropa. He fabricado mesas y sillas para cocinas y salones al tiempo que Unnur bordaba unos cojines preciosos que se volvieron muy populares. He hecho baldes y abrevaderos, cubos, armarios, pantallas de lámpara con la piel de peces lobo moteados y de rayas, arcones que revestí con piel de foca como hacía Gísli Konráðsson, que en paz descansa. Y así podría seguir. Las casas de hoy en día exhiben una absoluta falta de cultura, en ellas cada objeto viene de un continente distinto y muchas veces la gente no sabe ni de dónde. ¿En qué se diferencia un objeto hecho en casa del que sale de la fábrica? El primero tiene alma, el otro no. Quien fabrica un objeto con sus propias manos deja una parte de sí mismo en su obra. Una vez escribí un artículo para *La Gaceta del Granjero* en el que preguntaba por qué razón solo se podían encontrar modelos y patrones de costura en las revistas de moda extranjeras. ¿Por qué las mujeres islandesas tenían que limitarse a copiar los modelos que venían de fuera a falta de un lugar donde aprender las labores islandesas: brocado al estilo tradicional, punto, ganchillo, bolillos o bordado con hilo de oro y plata? Tampoco fue muy relevante lo que escribí. Con el tiempo me di cuenta de que quizá intentaba legitimar la vida rural frente a todas esas fascinantes revistas de moda que decías que había en Reikiavik. Sea como fuere, sigo opinando que si nuestra gente hubiera perseverado en el desarrollo y la promoción de la artesanía islandesa y la manufactura doméstica

de la lana, ahora encontraríamos más cultura en los hogares islandeses, y no meros montones de objetos salidos de las fábricas, a cuál más desalmado.

En otoño, durante el baile de la recogida de las ovejas, Ingjaldur de Hóll habló conmigo y me dijo que había oído que no me iba bien intentando dejar preñada a Unnur. Había corrido la voz por la comarca de que Unnur no podía tener hijos. Sé de todos modos que no tenía mala intención, pero cuando empezó a aconsejarme que le pellizcara la espalda o le pusiese cubitos de hielo en sus partes tras el acto, di media vuelta y me fui.

En primavera, cuando dejaba salir a los corderos a pastar en libertad, era cuando más me invadía el deseo de que olvidaras tu orgullo y vinieras en mi busca. Y cada vez que el diente de león comenzaba a inundar los prados, un fuego del mismo amarillo se encendía en otro lugar. Me habría separado gustoso de Unnur y habría procurado que no le faltara nunca de nada. Pero tenías clavada dentro esa maldita soberbia, tú y el resto de tus antepasados de Breiðafjörður, como Guðrún, la heroína de la *Saga del Valle de los Salmones*, de quien se decía que sus mejillas se habían vuelto rojas como la sangre y había acabado casándose con Bolli por puro orgullo.

Maldito orgullo del demonio.

Perdón.

Discúlpame, querida Helga.

Me he dejado llevar. No pasa nada. Evidentemente, ahora que miro las cosas desde fuera soy incapaz de discernir qué era peor, si mi tozudez por quedarme en el campo o tu orgullo. Estaba claro que ninguno de los dos iba a ceder. Sé que te habría resultado difícil vivir aquí conmigo. En la granja de al lado. Tan cerca de Hallgrímur. Pero también sé que en Reikiavik mi vida se habría consumido y mis ganas de vivir se habrían desvanecido. Cada vez que hubiéramos tenido desavenencias me habrían entrado ganas de regresar al campo. Te habrías dado cuenta. Y quién sabe lo que hubiera ocurrido entonces.

Pero mi carne ardía en deseo por ti. En ocasiones me estremecía solo de

pensarlo. Un día, en primavera, me desperté de pie en mitad del henar en calzones ¡y con una erección! Gracias a Dios, era de madrugada, así que nadie pudo ser testigo de ello, que yo sepa. Había caminado sonámbulo. Había soñado contigo. Soñé que había vendido las tierras por treinta gallinas —que no monedas de plata— y me dirigía a tu casa con ellas en una jaula para decirte que nos apresuráramos a emprender el camino de la capital. Pero antes querías hacer el amor conmigo y te habías despojado de toda tu ropa, allí, en el pajar. Imagínate lo miserable que me sentí cuando el sueño se desvaneció. Un ser humano en mitad de un prado en Islandia, de madrugada, llevando solo unos calzones agujereados, con la verga fuera cual cachalote varado, un hombre que había antepuesto las penurias del campo al amor. «A menudo traen las mujeres penas de amor», compuso Björn, el campeón de Breiðavík; «Una doncella bella y radiante a un servidor ama», compuso un segundo, y, según un tercero: «Dos almas que se aman jamás podrán separarse». ¿Sabrías decir cuál de los tres versos nos atañe? Yo no lo sé.

Nunca intenté acercarme a Hulda a tus espaldas. Habíamos llegado a un acuerdo. Yo entraría el último en la iglesia y me quedaría lo más cerca posible de la puerta, y tú te sentarías en el primer banco, con los tuyos. Habías dejado de frecuentar la asociación de mujeres, y cada vez que yo tenía que desplazarme hasta tu granja para evaluar las reservas de heno y examinar el ganado, te lo hacía saber el día anterior, para que así pudieras mantener a Hulda alejada. Cooperamos para guardar el secreto, igual que habíamos hecho antes, durante la cosecha del heno. Para ocultar así lo que era cierto y legítimo.

Reprimir nuestro verdadero fuego, que la madre naturaleza había encendido.
¿No es ya suficiente, querida Helga?

Un día, Hulda y una amiga suya vinieron a caballo hasta mi granja. Tendría quince o dieciséis años y había ido a pasar unos días en casa de «su padre» con ocasión de las vacaciones escolares. Las dos adolescentes se habían escabullido y se habían tomado unas gotas de algún licor casero. Llenaron la cocina de tanta alegría y vitalidad que después la casa me pareció una tumba durante mucho tiempo. Hulda me contó que había empezado el instituto, y su amiga añadió que además sacaba las mejores notas de la clase. Les preparé una bebida de vodka y jengibre y les serví una copa a cada una. Unnur se escandalizó y subió al dormitorio. Dijeron que en Reikiavik la fiesta y el rocanrol no acababan nunca. Ambas se reían y hacían bromas, y me preguntaban si sabía bailar el jives o si había oído hablar alguna vez del rocanrol. Disfruté como un niño con su alborozo.

Pero de pronto todo se oscureció en mi interior. Pensé que me iba a desmayar, les pedí disculpas y me dirigí al pajar. Tan pronto como terminé de llorar, se enardecíó mi ira. El mundo me parecía injusto, y mi existencia, carente de todo sentido. Sentía una gran rabia contra ti por haber encendido la chispa de aquella vida en mi interior para más tarde arrebatármela. Y todo parecía indicar que aquella vida había hecho aparición con el único propósito de burlarse de mí y restregarme por la cara mi propia miseria.

No me reconfortó precisamente que, al volver a la cocina, Hulda me preguntara por qué Unnur y yo no teníamos hijos. Ten por seguro, querida Helga, que esto también ha sido duro para mí; tú al menos te llevaste el fruto de nuestra pasión. Yo, nada. Y el hecho de que Hulda se hiciera después presentadora de televisión y entrara todas las tardes en el salón para anunciar la programación del día no me ayudaba a olvidar ni a aliviar las punzadas del corazón. Todo lo contrario. Intentaba leer en su rostro, en su tono de voz, si era

feliz, si su matrimonio en la capital había sido afortunado, o si simplemente se sentía agradecida por haber sido engendrada. Era tan guapa... En ocasiones, cuando Unnur no se hallaba en su sillón, me acercaba a la pantalla y le acariciaba la cara y el pelo.

Te puedo contar una historia que ocurrió hace muchos años. Una tarde estábamos los dos sentados en la sala mientras Unnur hacía punto en su sillón. Cuando Hulda terminó de anunciar la programación vespertina, me levanté, arranqué el televisor y lo arrojé directamente por la ventana. Al estallar la pantalla, resonó una tremenda explosión fuera de la casa. El perro ladró sin tener ni idea de lo que pasaba. Unnur se quedó blanca y dejó de hacer punto. Miraba hacia el escabel donde antes reposaba el televisor como si su alma no hubiera asumido la súbita desaparición del aparato.

Dije: «Nunca dan nada bueno en la puñetera televisión».

Ella respondió: «¿Por qué la tiras por la ventana en vez de sacarla por la puerta?».

Podría aceptar vivir en la ciudad si en ella la gente no se volviera anodina en masa. Hasta los patos del lago Tjörnin, que no necesitan buscar la comida, pierden su esplendor y personalidad. Cuando estuve en Reikiavik, enviado por la cooperativa, y bajé paseando hasta el estanque, reparé en que allí los patos se comportaban de otra manera. No son ni curiosos ni juguetones, a diferencia de las aves salvajes. Los patos de Reikiavik se han convertido, como el resto de los habitantes, en tristes parásitos que se pelean por lo primero que se les echa al pico. ¿No es justo en esos momentos cuando a uno le invade el pensamiento de que la vida carece de sentido, cuando uno pasea entre unas criaturas que han perdido todo vínculo con su verdadera naturaleza? Me habría hecho barrendero o gasolinero, y mi muerte no le habría importado a nadie. Ya pondrían a otro en mi lugar. Me habría vuelto un obrero de la capital y mi existencia habría desprendido un brillo mortecino.

He vivido mis días con la llama de reencontrar el amor como única esperanza. Pero esa llama se habría extinguido en pocos meses en Reikiavik. Mi trabajo me habría parecido vacío de significado, la desidia se habría apoderado de mí y me habría dado al aguardiente para matar el tiempo. Así acaban todos los de ciudad. Lo veo en las películas que hacen sobre la gente del campo. La imagen que muestran de la comunidad rural corresponde a la de un hatajo de energúmenos catetos que lo único que saben hacer es pegar palizas a sus hijos y a sus esposas, y expresarse con monosílabos. Eso me

basta para ver cómo se las gastan los de Reikiavik. Pobres desgraciados. ¿Crees que te habría podido amar en un sitio así, querida Helga? Si abrazáramos las creencias de la gente de ciudad, es decir, que la felicidad consiste en comprar indiscriminadamente en las tiendas hasta volverse por dentro pobre como una rata, que la felicidad consiste en tener la libertad de elegir cualquier cosa que a uno se le antoje en la vida, como si el mundo fuera un bufet libre, ¿no sería eso una ofensa para todas las generaciones anteriores que no pudieron vivir así? ¿Es que acaso la felicidad y la plenitud son flamantes invenciones de las gentes de ciudad, como si toda vida pasada en este país, y de hecho la mayor parte de la vida de todos los tiempos, hubiera sido insignificante y desdichada? No estoy seguro de que el brillo radiante de los ojos de mi abuela Kristín y su corazón risueño se correspondan con semejante visión de la historia.

¡Al carajo la mentira capitalista! «¡Maldita sea esa bruja!», como dijo Grettir el Fuerte refiriéndose a la vieja hechicera. Precisamente fueron hombres de esa ralea, de esos que nunca cuestionaron los valores y las normas de su tiempo, los que se volvieron nazis, allá en el sur, en Alemania. A veces da la impresión de que se podría inculcar en el ser humano cualquier barbaridad, pues así de crédulo y desvalido se manifiesta.

Habría tomado medidas desesperadas para vencer el tedio y el vacío que supone elegirlo todo como si de un menú se tratara. ¿Acaso debía construir barracas y cavar zanjas para los soldados americanos? ¡Esos granujas desalmados! Por mí, se podían largar todos a la Luna —y quedarse allí para siempre—. ¿Tenía que trabajar para ellos y acabar volviéndome como ellos?

¿Habría podido amarte entonces?

No me arrepiento de nada, Helga. Porque todo siguió el curso que tú marcaste. Por eso siempre sostuve que en realidad la decisión nunca estuvo en mis manos.

Era tu elección.
Y yo no fui el elegido.

Todos y cada uno de los días de mi vida he disfrutado con el ganado. He solucionado a más de uno sus problemas con la maquinaria, porque aprendí mucho sobre mecánica agrícola en las clases de la Escuela de Agricultura. Además, ya había aprendido por mi cuenta a manejar un torno y era hábil con el hierro, como se decía de Skallagrímur en la *Saga de Egil*. Regalaba a la gente pescado fresco y lustroso y siempre disponía de una barrica de grasa de cría de foca salada para deleite de huéspedes y visitantes. Mi lumpo ahumado era conocido en todo el país, muchas palabras de agradecimiento he recibido por él. He vigorizado y mejorado la raza de mis ovejas y me consta que es algo que Marteinn, el hijo de mi hermano Bjössi, sabe apreciar. He salvado a un hombre que se ahogaba y he encontrado a otro extraviado en mitad del altiplano, bajo las garras de un furioso temporal. He defecado en medio de tormentas y me he limpiado con la nieve. He caminado por el mar hasta los farallones en busca de niños y corderos. Durante mucho tiempo fui miembro de la Comisión de la Vecindad y de la dirección de la cooperativa, e implanté todo tipo de mejoras en la matanza, que yo mismo supervisaba. Participé activamente en el grupo de lectura de Hörgárhreppur y fui responsable de la compra de libros durante mucho tiempo. Recuerdo la época en que los granjeros pensaban por sí mismos y discrepaban de la filosofía existencialista procedente de tierras meridionales, que consideraba la vida tan fútil como la suerte de un hombre que empuja una piedra cuesta arriba hasta lo alto de una

montaña con el único fin de correr tras ella ladera abajo y luego volver a empezar.

«¡Pamplinas!», dijo el viejo Gísli de Lækur. No era así y punto. Mucho más acertado sería pensar que era parte de la naturaleza humana empujar la piedra hasta la cumbre para apuntalarla allí y, después, amontonar otras piedras alrededor y hacer con todas ellas un hermoso mojón. El individuo anhelaba erigir un monumento a su trabajo. Otro filósofo, que habíamos leído traducido al danés, mantenía que el dilema existencial del hombre residía en su condena de elegirlo todo en este mundo y que en ello radicaba su desdicha. Recuerdo que Jósteynn preguntó con su voz grave y ronca, que sonaba siempre como un grito lejano en el páramo, si el pobre hombre se pasaría mucho tiempo decidiendo cada mañana entre comer pan o piedras para desayunar.

«¡Un momento, caballeros!», intervino entonces Gunnar de Hjarðarnes. Él tenía entendido que el hombre ese pasaba sus días sentado en los cafés de la gran ciudad, y que, con el menú delante, había tomado su existencia cafeteril como punto de partida para luego extrapolarla a las vidas del resto de la humanidad. Es decir, que según esto la existencia consistía en elegirlo todo, como si de un menú se tratara. Nuestras discusiones seguían esa línea. Porque se trataba de hombres que habían dotado de sentido propio sus vidas. Poseían una inteligencia natural, no habían aprendido en ninguna escuela cómo tenían que pensar. Pensaban por sí mismos. Las personas así han desaparecido, y dudo mucho que en Reikiavik se eduque a la gente de ese modo.

Aquí, en el campo, he sido un hombre importante. Y si no lo he sido, a mí al menos me lo parece. Hay una gran diferencia entre ambas cosas. Aquí he contemplado el fruto de mis desvelos. Aún no había cumplido los cincuenta

cuando ya me reuní con el viejo Jón Eysteinnsson, el director del Banco Agrícola, para finiquitar mis préstamos.

Que no se quejen los de la ciudad de no pertenecer al mundo, de estar insensibilizados y vivir presos del desánimo, o de tener que buscar alivio en las drogas y el adulterio; de que la única pregunta que cabe plantearse es si habrán de suicidarse o no. O esperar un poco. ¿Acaso existe algo más terrible que dejar pasar la vida? En lugar de ponerse manos a la obra y hacer acopio de víveres, se dedican a componer poemas y escribir relatos sobre la soledad y el frío de la urbe. Entonces, ¿por qué se marcharon del campo? ¿Quién se lo pidió? Si la vida entera es poesía, como dicen por ahí, ¿es que no había más vitalidad y bondad en los prados, una luz más brillante y una sensación de libertad más fresca en el aire de aquí? ¿Sabes, Helga?, he oído que algunos poetas antiguos, griegos y romanos, junto con otros muchos filósofos y sabios de todo el mundo, comparan la vida con los sueños y la fantasía. Pero no hace falta ir a buscar lejos lo que tenemos delante. Uno puede encontrar la misma sabiduría en las palabras de su abuela, que sin saber leer ni escribir es capaz de recitar versos cuyo autor desconoce y que nunca fue considerado lo suficientemente bueno para que sus obras fueran transcritas:

*La vida es sueño, ilusión,
es calma y oleaje,
es riada y farallón,
bruma, nieve y oraje.
Sol y flores hay también.
Pero el cielo tras las cumbres...
nadie lo ha podido ver.*

No estoy diciendo que aquí todo sea maravilloso y que las gentes sean puros

ángeles. Por supuesto que por estos lares hay también chismorreos y envidias y todo tipo de barrabasadas propias de la raza humana. Pero esas mismas gentes son las que en caso de apuro te prestan una rueda de tractor. Hasta Ingjaldur de Hóll acudió en mi ayuda en un momento de necesidad. Me tenía respeto a pesar de que en algunas cuestiones fuéramos de distinto parecer. Y cuando me dijo aquello de pellizcarle la espalda a Unnur, yo sabía bien que eso se les hacía a las vacas que no se quedaban preñadas, y que era todo cuanto él sabía acerca de dichos menesteres. Nunca tuvo mala intención, podía ver en sus ojos que me quería bien, el bueno de Ingjaldur.

He aprendido a leer en el resoplido de los ollares de los bueyes. He apreciado el abrazo y el estímulo de la voluntad de la naturaleza a través de mi ganado. He visto al elfo de la capa azul y he oído llamar a mi puerta a las ánimas. He percibido las fuerzas misteriosas de la existencia en los cerros y en los lugares encantados, y he ahuyentado a los guardianes de la tierra cuando el caballo rehusaba el trote. He visto la luz de antaño. Nadie entiende que pueda verse la luz de antaño, pero me da igual que nadie entienda lo que quiero decir. He aprendido a leer en las nubes y los pájaros y en el comportamiento del perro. He vivido el prodigio de la colonización de Islandia y he percibido la magnificencia de los primeros pobladores de estas tierras. He advertido la angustia de las hojas en un eclipse de luna, he mirado hacia las laderas y he sentido mi alma elevarse mientras conducía el tractor. He oído el trueno y el rugido de mis vísceras contestarse el uno al otro, un hombre diminuto bajo un cielo inmenso; he oído al arroyo susurrar que es eterno. He convertido esta tierra en mi amante. He pescado con las manos un salmón lleno de fuerza. He dejado que el zorro me enseñara lo que es ser astuto. He reconocido la simpatía en la mirada de las focas y las he dejado marchar. He experimentado la ferocidad de la orca y la ternura del amor materno, y me he refugiado del mundo allí donde duermen los cisnes. Me he

bañado en aguas radiantes de sol y no en las aguas turbias que escupen las tuberías de la ciudad, y he sabido apreciar la diferencia. Perdido en una atroz tempestad de nieve, he intentado dirigir a mi caballo por entre los peñascos hasta darme por vencido y dejar que su instinto me llevara de vuelta a casa. He disparado a un zorro mientras defecaba. He visto derrumbarse un iceberg descomunal. He lanzado un lumpo a la cabeza del presidente de la comunidad. He olvidado cadáveres. He ido en busca del cuerpo de una mujer ahumada. He sobrevivido a los duros inviernos de los años sesenta viviendo de promesas, llenando con la imaginación el vacío de la existencia y comprendiendo que el hombre puede tener grandes sueños sobre una pequeña almohada. He seguido adelante, ebrio de deseo y de la esperanza que hace correr la savia incluso por las ramas marchitas de la creación. He amado y, por un tiempo, he sido una criatura feliz.

He visto ante mis ojos crecer y madurar a mi progenie, y he llorado y he pensado en ti hasta arder en mi carne. He gritado envuelto en el aroma del brezo de finales de verano. He aplacado así mi deseo. Luego he seguido llorando. He visto congregaciones de cuervos. A la humanidad desnuda e indefensa. Y me he compadecido de ella.

Sí. Tal vez, después de todo, haya vivido el amor de frente y no dándole la espalda. El amor no se reduce al ideal romántico burgués consistente en encontrar esa alma gemela que habrá de colmar nuestra existencia y hacerla rebosar incesantemente, como un bombeo eterno. El amor también reside en la vida que he disfrutado aquí, en el campo. Y desde el instante en que escogí esta experiencia y la asumí sin lamentaciones, aprendí que uno debe atenerse a la decisión tomada, cuidarla y no desviarse de ella —es un gesto de amor—. Aquí, al pie de la colina de Ljósuvallarhlíð, estaba mi sitio. No tenía elección.

Era tu elección.

Es tu elección.

Y yo soy tuyo.

Todavía.

Querida Helga:

Cuando te quedaste embarazada y me pediste que te siguiera a Reikiavik, mi vida llegó a una encrucijada. El camino que había recorrido hasta entonces se bifurcaba. Tomé ambas sendas. Y sin embargo, no seguí ninguna como es debido. Porque yo caminaba por una..., pero tenía el corazón en la otra. A tu lado.

¿He mencionado ya la depravación del hombre, querida Helga? He dejado de creer en bonitas teorías y lo último que pienso hacer es predicarlas en estas líneas que te envío, ahora que ya estoy con un pie en la tumba. Pero la cuestión bien merece unas palabras, pues lo poco que este campesino cree haber aprendido de la naturaleza humana en los casi noventa años que se ha mantenido con vida es que en el fondo de cada alma habita una perversión que ya fue descrita con finura en la Biblia por el anciano Pablo, el apóstol: «No hago el bien que quiero, mas el mal que no quiero, este hago».

Una persona puede dedicarle al amor bellas palabras, querida Helga, pero a menudo eso es un mal augurio, pues lo más probable es que viva de espaldas a él. Lo he observado en más de uno. Los he visto componer hermosos poemas sobre al amor y cantar sus alabanzas en las fiestas, pero tan pronto como retornan a la monotonía de la rutina diaria, la mayoría de ellos se quitan la máscara de las palabras bonitas y menosprecian el amor cuanto pueden, para acabar viviendo la mayor parte de sus vidas en ausencia del mismo. Así es como se manifiesta a mis ojos el fenómeno en sí: el hombre, yo mismo si he de hablar con el corazón en la mano. Es como si los deseos del hombre no fueran nunca puros ni estuvieran en comunión con la belleza que la vida ha intentado inculcarle. ¡Y si uno se descuida, no intenta sino llevar su vida en dirección opuesta a la bondad que sabe que habita en su interior! No estoy insinuando que ponga todo su empeño en ser un absoluto bellaco, pero quizá tampoco

intente como es debido el otro extremo. Y entre ambos existe una gran brecha en la que se localiza el escenario donde gran parte de la existencia humana eclosiona, florece y se marchita. ¿Cómo era aquella estrofa de Kristján Óli?

*Mi pecho dentro guardaba
—igual que a otros dieron uno—
un hilo que me guiaba
y al que no hice caso alguno.*

Así que, a mi entender, la regla es, más bien, que las personas suelen vivir en desacuerdo con lo que predicán, con independencia del contenido de su discurso, bien sea de índole política o existencialista. Por lo visto, los que más hablan de adelgazar son los que más endulzan siempre las tortitas, y los mayores patanes son los que recomiendan «cuidar el trato con las demás almas»; los que más duramente condenan el crimen suelen ser los mayores criminales; el capitalismo, que habría de hacer ricos a todos, hace a todos pobres, y ten por seguro que la libertad, que tan en boca de la gente está, todavía acabará por esclavizarnos.

Una vez compré para el grupo de lectura un libro sobre Cristóbal Colón y el Nuevo Mundo en el que se hablaba del diario de a bordo del descubridor, donde describía la sociedad indígena que había encontrado allí, en las costas de América. Los indios andaban como Dios los trajo al mundo, vivían en la abundancia, los niños jugaban con pepitas de oro y la gente rezumaba afecto y cordialidad. ¿No era tal existencia la meta de nuestra cultura? ¿O he entendido mal el contenido de los discursos grandilocuentes? Cuando más tarde compré la traducción que había hecho Halldór Laxness del *Cándido* de Voltaire, me di cuenta de que ese país de ensueño que representaba El Dorado —la más maravillosa meta de nuestra civilización— era exactamente como esa pequeña

comunidad que Colón había descubierto y descrito doscientos años antes. Y lo que hizo Colón con aquella pequeña civilización soñada, en la isla que él mismo calificó de paraíso, constituye una magnífica alegoría del comportamiento humano. Después de haber sido una carga para los isleños, y de haber comido y bebido sin aportarles nada, Colón y los suyos tuvieron que huir del creciente y legítimo hastío de los indígenas. Unos años más tarde, Colón regresó con hombres armados, hizo que los niños le mostraran el lugar donde habían encontrado las pepitas con las que jugaban, y a continuación esclavizó a las masas, desnudas e indefensas, poniéndolas a extraer oro en su provecho. ¿No te parece una extraordinaria parábola del comportamiento de los hombres ante el paraíso, la tierra soñada y ese amor que luego se machaca hasta la saciedad, tanto en congregaciones eclesiásticas como seculares?

¿No adviertes la doble moral de cuanto predicán, Helga? En todo lo que dicen y lo que, sin embargo, luego hacen. Dicen: «Vivir es amar». Ese es su lema sagrado, pero después, en la vida real, vegetan en el temor y la angustia, y no se atreven ni a acercarse allí donde se encuentra el amor. Y si ocurre que se aventuran a aproximarse a él, en menos que canta un gallo lo han vendido más barato de lo que Judas vendió a Cristo. Un hatajo de gallinas e inútiles, eso es lo que son, y no te quepa la menor duda de que yo soy el más ruin de todos.

¿No procede, ya que me he puesto a garabatearte estas líneas, querida Helga, dedicarle unas palabras a lo que de bajo e infame hay en este campesino, a su depravación, por ponerle un nombre? Una depravación que no deja de conmocionarme cuando, en momentos de franqueza, tanteo si sigue estando ahí. ¿Cómo diantres puede uno desear a otra mujer que no es la suya, toda la vida, y no dar el más mínimo paso para adaptar la vida a ese deseo? Ya ves lo cristianamente que he vivido, querida amiga; «No desearás a la mujer del prójimo», pero me da que yo te he amado, Helga (nunca me canso de

escribir tu nombre ni de decirlo en voz alta: Helga, primero besa el paladar por dentro y luego se abre la boca entera), que te he amado solo para acabar viviendo en un tormento y una deliberada ausencia de amor. Que tenerte lejos despertó el anhelo de tenerte cerca, pero en cuanto se me ofreció esa posibilidad, ¡me eché atrás y no quise sacrificar nada!

No he sido capaz de resolver el enigma de tal conducta, y te lo confiesa una criatura que se considera la única dotada de sensatez. Te lo digo desde el fondo de mi corazón, querida Helga: no soy ya más que un madero carcomido que yace podrido en la playa del tiempo, y cuando pronto me arrastren las olas, nadie llorará mi marcha. Sí, es cierto lo que decían los antiguos: con la edad llega el lamento.

Como te decía, me dejó perplejo. Ya no sé si este deseo que siento por ti tiene realmente algo que ver contigo o si tan solo esconde una tendencia enfermiza a torturarme. Quizá no fuiste más que el inocente objeto de esa depravación mía, oculta entre unas grietas tan profundas que ni los rayos del lenguaje pueden alcanzarla siquiera. Pero sé que también encandilabas a otros hombres; podía ver cómo absorbían tus contornos cuando salías de la tienda. Me consta que eras la mujer más bella de la vecindad. Y ya que estoy destapando mis secretos en esta carta, debería añadir que mi deseo de ti, lejos de quedar confinado exclusivamente al pensamiento, se encarnó durante muchos años después de nuestra separación en el cuerpo de este viejo campesino infeliz. Efectivamente, la hoguera del amor no se extinguió en un atardecer. ¡Ojalá te hubieras marchado lejos y mis ojos no te hubieran visto aparecer ante mis prismáticos todos los santos días! Eso habría facilitado las cosas.

Era otoño, poco después de que la pequeña Hulda hubiera saltado a mis brazos.

Los corderos habían regresado de las montañas; unos fueron enviados al matadero y otros al establo, donde pasarían el invierno. Estaba palpando a una borrega para comprobar si estaba fornida por la zona del esternón y no le encontré irregularidades, y entonces me viniste a la cabeza tú y nuestro pequeño juego privado consistente en palpar un cuerpo de mujer para examinar si estaba fuerte, así que la sostuve por el cuello con una mano

mientras le palpaba las ancas y las piernas, gruesas y rellenas hasta las canillas, y después deslicé mis dedos por las costillas y continué por el espinazo mientras tú asaltabas mis pensamientos. Te veía a ti en vez de a la jodida borrega, y me parecía que estabas de nuevo tan cerca de mí que podía oír tu dulce voz en mi interior, cómo gemías y te estremecías mientras recorría la curva de tu pecho a la luz del sol que entraba por las grietas del cobertizo de la maquinaria, embriagado por el olor a glicerina y lubricante; y tan esbelta era esa curvatura que creía tener de nuevo las palmas de las manos llenas a rebosar de tus montículos redondeados, y los bucles de lana me recordaron tu copete triangular, y maldita sea si no podía llegar a sentir el aroma que envolvía el recuerdo de nuestro primer encuentro. Necesitaba tu presencia envolviéndome, necesitaba hacerte mía y oír tus gritos extáticos de placer una vez más, respirar tu esencia por última vez...

Me desplomé sobre el pesebre y allí me quedé postrado un buen rato, con las nalgas al aire y los ojos desorbitados, como un degenerado en los antiguos poemas de difamación. No estoy seguro de cuánto tiempo permanecí allí, vencido por mi propia depravación, despojado de cualquier dignidad. Todo lo que sé es que, en cuanto me subí los pantalones, lo primero que hice fue degollar a la borrega. La metí en una bolsa, me subí al bote y remé hasta algún lugar, más allá de los escollos, donde la até a dos piedras y la hundí en el fondo del mar.

No escogí un sitio al azar para arrojarla. Elegí un punto desde el que podía verse la torre de vuestro silo, junto a la cascada, el silo donde reverberaba el eco lejano de nuestros encuentros amorosos. Dejé la barca flotar un rato a la deriva, mientras contemplaba la sangre roja y brillante que manaba de la pieza sacrificada; pequeñas olas mecían el bote y del sureste soplabla una brisa fría

y suave. «Ahora parte tú también», me dije, y, sin ningún tipo de lucha interna o vacilación, me agarré a la borda con ambas manos.

Salté por encima y me lancé al mar.

En cuanto recibí el impacto de las gélidas aguas del océano me entró un ataque de pánico y me puse a gritar, o más bien fue mi voz la que resonó para advertirme que no podía hacerlo. Sin duda no es suficiente para un individuo que se siente solo y privado de amor imaginar que a nadie le importaría que se quitara la vida, porque fue como si la voluntad de vivir estuviera incrustada en mi cuerpo, y mi cuerpo no parecía dispuesto a obedecer las decisiones de la mente. Aunque debo reconocer que a punto estuve de morir de todos modos, porque estaba tan paralizado por el frío que pensé que no podría subirme de nuevo al bote.

Al fin conseguí colocar una rodilla en una lazada que anudé amarrando a la bobina de las redes una soga deshilachada que por azar colgaba de la borda, y de esa manera logré darme impulso para subir. Mi vida pendió literalmente de una cuerda podrida. Subí retorciéndome a la borda, me dejé caer en la proa, y allí permanecí echado un tiempo, exhausto. Escuché el viento mientras sentía cómo me mecían las olas; para mi asombro, me encontraba bien, como si hubiera conseguido desdibujar los contornos del dolor en mi pecho, durante un instante terrenal. Más tarde me despertaron los chorros de agua de un grupo de marsopas que nadaban por allí.

Me sentía agradecido por seguir con vida, comprendí que debía mostrar humildad y gratitud por todo cuanto esta me ofrecía. Me puse en pie y comencé a darme cachetadas para entrar en calor cuando de pronto oí una voz de mujer clara y pura que parecía proceder de los escollos, tan pura que mi corazón dio un respingo. La voz de mujer exclamó: «¡Bienvenido de nuevo!».

Yo fui el único testigo. En momentos así, querida Helga, sin duda extravagantes a oídos de los demás, uno entiende que la existencia es más grande de lo que nuestra mente puede siquiera concebir. ¡Era como si la vida misma me estuviera llamando! Tómatelo como el desvarío de un pobre anciano que chochea, querida Helga; me da lo mismo, pero ¡qué valiosos son esos momentos!, y algo me dice que hay más personas que experimentan tales trances sagrados, que no se esclarecen por mucho que uno indague.

A pesar del feliz desenlace de aquella aventura, yo, Bjarni Gíslason de Kolkustaðir, continué siendo el mismo individuo confuso y desamparado de siempre. Un hombre que convivía con la certeza de que el amor y la plenitud de la existencia eran dimensiones pertenecientes al «otro lado», como Unnur llamaba siempre a vuestra granja. Y si bien empecé a desdeñar la pasión a raíz de este episodio, y durante una larga época dejé de refrescarla en el arroyo por primavera, la naturaleza no me permitió burlarla y buscó una salida a través de mis sueños. Cuando no vagaba por el henar con el badajo al aire —¿lo había mencionado ya?—, me despertaba pringoso bajo los calzones después de haberme frotado contigo, lujuriosa, en algún sueño —sobre todo tras haber palpado y masajado todo tu cuerpo con orina, en la vieja bañera ambulante—. Digo lo mismo que el salmo: «Humanidad, ¿quién ha de soportar tu pesada carga?».

Tras aquel suicidio fallido, mi vida entró en un periodo que me es imposible recordar con claridad bajo los focos de mi conciencia. Hasta me pregunto si realmente seguí existiendo. Si me hubieran hecho un reconocimiento general, la descripción de mi persona habría correspondido a la de un tipo con pantalones, botas y cinturón recubierto de cardenillo que se dedicaba a cuidar de su ganado y a cumplir con sus obligaciones. Pero en mi interior se había sofocado la chispa de la vida. Recuerdo que intentaba mostrar mi agradecimiento por todo cuanto tenía, pero había como un sonido hueco en cada uno de mis pensamientos. La pasión que antaño me había mantenido vivo a diario se fue convirtiendo en una traba que comencé a menospreciar, al comprender que nunca se apagaría. Unnur tenía que sacarme de la cama protestando todas las mañanas, con la casa desierta y lóbrega; en aquel tiempo no había personas en mi vida.

Que me aspen si toda esta historia no se conserva en blanco y negro en mi conciencia, como las fotografías de aquel entonces. Cuando sobrevuelo esos tramos del pasado, pienso que más vale que no se le cruce a uno el amor en su camino, ya que cuando desaparece nos deja en peor situación que antes. Sí, he vivido lo que canta la vieja estrofa, querida Helga, y quizá tú también:

*El amor más ardoroso
es el que no ha de alcanzarse.*

Mejor, pues, no enamorarse.

Había un sonido hueco en cada cosa que me rodeaba; cualquier poema o canción sonaba como una palmada en un tonel vacío. Las succulentas historias contadas por Gunnar de Hjarðarnes, o cualquier otro de los grandes narradores, resbalaban por mi mente como el agua sobre el ganso, sin adherirse a ella. Y de repente recobraba la conciencia delante de la cooperativa mientras todos se reían con alguna historia, aunque para mí ya fuera demasiado tarde. Todo llegaba ya demasiado tarde, era agua pasada. La voz de mi alma mellada había enmudecido. Y lo peor de todo no era sentir dolor o, cómo decirlo, no sentir nada, sino la soledad que lo envolvía. Nadie parecía prestar ninguna atención a mi padecimiento y nadie se acercaba a hablar conmigo. Ni siquiera Unnur. Tampoco habría procedido llorarle a ella mi pena de amor. Lo terrible de un sufrimiento tan profundo es lo invisible que resulta para todos salvo para quien lo aloja en sus entrañas.

Lo que me hacía seguir adelante eran los animales; te puedo asegurar, querida mía, que nadie está solo si se ha hecho amigo del ganado islandés — del tipo que sea—. De la fuerza vital de los animales emana una radiación que mitiga el dolor y te permite sobrevivir a cualquier desgracia.

Esto me trae a la memoria la historia de Ólöf de Úteyjar y sus criados, un hombre mayor y una muchacha, que pasaban el invierno en las islas, en esas tierras abandonadas hace mucho tiempo. Aunque el recuerdo de las personas subsista. Hubo un año en que, a finales del invierno, los sirvientes de Ólöf comenzaron a aborrecer los monótonos cuidados del ganado y las labores de la lana. Dicen que la falta de tabaco mortificaba al hombre mayor mientras que a la muchacha la mortificaba la falta de hombres, así que adoptaron la estrategia de estropear algunos aperos, como palas y azadas, con la intención de poder ir con ellos a tierra firme para arreglarlos. A Ólöf no le pareció un

motivo suficiente, y ella misma los reparó como buenamente pudo. Finalmente, los criados decidieron, por pura desesperación, apagar el fuego a hurtadillas. Eso hizo necesario un viaje a tierra firme, de modo que un Miércoles de Ceniza el viejo y la muchacha remaron juntos para aplacar su sed de civilización. Aquella noche sopló viento del norte y se produjo una intensa helada. El golfo quedó cubierto de hielo durante seis semanas y era imposible cruzarlo hasta las islas de Ólöf. La pobre se quedó aislada allí, con las herramientas medio rotas, sin luz ni calor, sumida en la oscuridad y el viento helado del norte. Cuando algunos hombres consiguieron por fin abrir una vía navegable para llegar hasta las islas, Ólöf se encontraba en plenas facultades mentales y había conseguido mantener con vida a todos los animales. Pero también es verdad que había empezado a tener visiones en la oscuridad, siendo el colonizador Þórsteinn el que más se le aparecía al caer la noche. Lo cierto es que la gran gesta de Ólöf de Úteyjar solo se explica gracias a los animales: fueron ellos los que la mantuvieron con vida sin tener fuego y no al contrario. Y así me ocurrió a mí también después de que te zafaras de mí.

Hasta que recibí la noticia, pura y cándida. Hallgrímur y tú os ibais a divorciar.

Tanto si ahora exagero mis recuerdos como si no, en mi cabeza todo era la misma cosa: la noticia sobre vuestra separación y el violento deshielo de aquella primavera. Como era lógico, las viejas esperanzas resurgieron descontroladamente en mi interior. Me dije, como Garún en la historia del diácono de Myrká, que todo era por mi causa. Entonces te mudarías a Reikiavik con los niños y todo estaría dispuesto para encender nuestra llama de nuevo. Podría conseguir más tareas administrativas en la Sociedad Agraria, quizá encontrara algo que hacer en la ciudad, un trabajo a tiempo parcial, y mientras tanto pagar a alguien que echara una mano a Unnur con las labores del campo. Eso me permitiría pasar temporadas más largas en Reikiavik, no muy lejos de ti y de los chicos; estar a vuestra disposición, tener la oportunidad de dedicar tiempo a Hulda; sí, aquella era la señal, profunda y silenciosa como un susurro de los dioses, de que habías abandonado tu orgullo, de que cedías, de que, al igual que yo, tampoco querías que las cosas entre nosotros continuaran cerradas bajo llave, de que quizá al fin y al cabo tenías sentimientos hacia mí. Sentí cómo se deshacía el hechizo que me había tenido aletargado, y cuando aquel verano observé a través de mis prismáticos, querida Helga, cómo se amontonaban vuestros enseres frente a la casa, pensé con el corazón —porque siempre he pensado con el corazón, como nuestros antepasados, y no con la razón— que solo era cuestión de días, que pronto acudiría a tu encuentro.

No hay motivo para describir aquí los bajos y primitivos pensamientos que se arremolinaban durante el deshielo. Tú, desnuda en mi imaginación, con el aroma a orina en mis sentidos, mientras palpaba tus pechos hendidos en una bonita casa de Reikiavik para después tomarnos un *chocolat*. Que Dios ampare mi mezquindad.

Tal vez ahora entiendas mejor el porqué de lo ocurrido aquel día de septiembre, cuando llamé a la puerta de tu casa en aquel bloque de pisos recién construido en la zona de los barracones. Abriste la puerta y allí fuera te contemplaba un hombre ajeno a la realidad. El amor me había despojado de todo sentido común, y permanecía allí de pie, vestido con mis mejores galas, repeinado con gomina y oliendo a agua de colonia recién comprada, tendiéndote un ramo de flores mientras te decía que había ido hasta tu casa para ofrecértelas.

Parecías haber visto un fantasma. Me miraste fijamente con los ojos como platos, tus preciosos ojos de vaca, como los describía yo. Me quitaste el ramo de las manos, rompiste las flores y las hiciste pedazos al tiempo que me llamabas imbécil y malnacido y gritabas que me largase de allí. Entonces apareció un hombre en la puerta preguntando a voces quién era aquel tipejo, y, para serte sincero, querida Helga, en aquel mismo instante pensé que me arrebataban la vida; todo se volvió negro, y no recuerdo con claridad cuál de los dos comenzó pero yo no era más que una res herida y desamparada, acorralada contra una esquina por su degollador, y mi única opción era enseñar los dientes o morir, así que agarré a aquel hombre y lo estampé contra la pared, a pesar de ser mucho más grande que yo, y le empecé a dar puñetazos mientras tú gritabas y me dabas golpes en la cabeza con el ramo de flores y los niños salían a la puerta y la gente al pasillo, pero me gustaba, ya lo creo que

me gustaba que me pegaras, aquel roce era mucho mejor que ningún roce en absoluto, y para mí no era más que puro placer oírte llorar de nuevo y gritarme, como años atrás habías hecho junto a las lenguas de estiércol que salían del establo, tú, la vida, gritándole a un tarugo de madera arrastrado por el mar. A mí.

Entonces me fui.

Y a decir verdad, me traía sin cuidado adónde.

A partir de ahí la situación fue de mal en peor. La reina había desaparecido de mi vida, destronada por un rey llamado Baco. La verdad es que no guardo muchos recuerdos de aquel invierno, y sé que nunca, ni antes ni después del episodio, me he comportado con semejante bajeza. Supongo que lo hice porque no tenía agallas para suicidarme. Yo mismo me condené a una vergüenza eterna, aquí, en nuestra comarca, y no ocultaré que la amargura me roía hasta los huesos. Pero hubo gente del campo que me mostró su bondad, y a esa bondad me aferré, querida Helga, junto a la de los animales. Bendita sea la bondad humana. Pero del mismo modo que al escribirte estas líneas he decidido no incidir en los pasajes lluviosos sino en los radiantes de sol, no voy a dedicarle más palabras a aquel periodo humillante, sino al recuerdo de mi recuperación.

Cuando llegó tu carta.

Solo Dios sabe cuántas veces he cogido esa carta y la he leído. Tendrías que ver lo desgastada que está. Tanto como sagrada es para mí. Hace mucho que aprendí cada palabra de memoria; la he guardado en mi pecho bajo la camisa, he llorado y he buscado consuelo y fuerza en ella toda mi vida, o así me lo parece, pero no ha sido hasta este preciso momento, a un paso de la tumba, cuando me he decidido a responderla, querida Helga. Nunca antes había sentido la necesidad de contestarte, pues para mí era más que suficiente

saber que habías roto con ese hombre, que querías que fuera contigo, que me pedías perdón. Que decías... que escribías en tu carta que me amabas.

Aquella certeza sobre el afecto que me aguardaba al otro lado, la certidumbre de que existía un lugar en el que alguien pensaba en mí y me amaba, era más que suficiente para este campesino. Después de todo lo ocurrido y de haberme dado cuenta de que no haría nunca más que jugar a dos bandas, había empezado a desear que encontraras otro hombre, un buen hombre que te amara y ofreciera todo cuanto una mujer pudiera desear. Y, por lo visto, ese hombre había llegado por fin a tu vida. Sí, me eché atrás cuando por fin se me brindaba la oportunidad. Ya ves, Helga, lo poco hombre que soy, ahora que están todas las cartas sobre la mesa.

En mi corazón guardo un nítido recuerdo de mi infancia que me gustaría compartir contigo, ahora, al final. No tendría más de siete u ocho años. Estaba contemplando el henar cuando de repente mis ojos dieron con una criatura marrón y gris que no podía identificar, así que corrí hacia ella para verla mejor. Al acercarme me di cuenta de que se trataba de un águila que había aterrizado ahí, en mitad del prado. Estaba enferma, tenía algunas plumas grises y costras, y parecía tan débil que pude aproximarme mucho a ella. Sus garras amarillas, gruesas y poderosas, eran vestigios de la majestuosidad y la fuerza de un antiguo guerrero. No sé si simplemente se había hecho vieja y mostraba los daños causados por las inclemencias de la vida, o si había enfermado tras haber comido alguna carroña envenenada que se hubiera utilizado como señuelo contra zorros y aves de rapiña con la intención de proteger los nidos de eider, una mala costumbre que fue abandonada poco después. El caso es que había caído allí y que no le hacía gracia que un niño pequeño se le acercara demasiado. Primero emitió un gañido, después gritó, me fulminó con

la mirada y agitó sus alas desgredadas. Vi lo maltrecha que estaba; le faltaban muchas plumas y la carne de las alas se le transparentaba como si le hubieran arrancado el plumaje aquí y allá. Estaba convencido de que aquel pájaro enorme no podría volar nunca más y sentí lástima por él. Quería atraparlo y llevármelo a casa, pero se escapó batiendo las alas en el aire con dificultad, mientras yo lo perseguía por el henar. Las plumas que todavía le quedaban emitían un canto silbante que sonaba como una bomba achicando agua. Y entonces sucedió algo asombroso e inexplicable: el águila echó a volar, superó a duras penas el cerco, voló en línea recta hacia la playa y continuó sobrevolando el mar hasta que desapareció de mi vista en lontananza, allí donde el azul del cielo y el del océano se confunden.

Nunca volví a verla, y siempre he tenido la sospecha de que quizá aquella visión no fuera real sino un sueño que más tarde se convirtió en realidad en mi memoria, un sueño con un gran mensaje. De hecho, a veces tengo la impresión de que mi alma ha intentado, como el águila, escapar volando del ajetreo cotidiano de la vida terrenal; que del mismo modo he intentado planear por un cielo poético en mi pobre carta y que, si los dioses lo permiten, volaré exactamente del mismo modo hacia ti cuando llegue el final: con alas desgredadas.

Me parece adecuado y conveniente haberte escrito esta carta, querida Helga. Y aunque estés muerta y no puedas leerla, ha sido como si garabatear estas líneas me hubiera reconfortado.

Ayer cogí el bastón y di un paseo con mis piernas decrepitas y me tumbé en la hierba, entre los Montículos de Helga, como solía hacer antes. Un grupo de cúmulos surcaba el cielo velozmente por el sur y la luz se colaba entre los huecos de las nubes. Entonces un espléndido rayo de sol las atravesó y cayó

sobre mí y todo cuanto me rodeaba, o más bien debería decir sobre nosotros, pues yo estaba tumbado entre tus pechos.

Enseguida llegó la pitita, bendita sea; se posó en una mata cercana y le pregunté, tal como me había enseñado a hacer mi abuela Kristín, dónde estaría yo el año próximo. Pero la pitita movió la cola y se quedó donde estaba, sin echarse a volar hacia ningún lado, y con su respuesta entendí que me encontraba a las puertas de la muerte. El rayo de sol inundó la ladera con tal avalancha de luz que pensé que me estaba señalando el gran espíritu que se esconde tras la vida. Entonces me eché a llorar, un anciano senil como yo, encallado entre dos montículos de hierba en Islandia, los Montículos de Helga, y comprendí que lo malo de vivir no son las puntas afiladas que se clavan en uno y lo hieren, sino la dulce llamada del amor que uno no atiende: la bendita carta que uno responde demasiado tarde, porque ahora veo claramente, en la luz final, que yo también te amo.

Nota del autor

El presente libro ha podido ver la luz porque he tenido la fortuna de conocer a excelentes contadores de historias. La lista completa de las fuentes a las que he acudido sería demasiado larga, pero al menos debo mencionar a Steinólfur Lárusson de Fagridalur, Gunnsteinn Gíslason de Norðurfjörður, Guðjón Guðmundsson de Bakkagerði († 2010), en Selströnd, y su hijo Guðmundur Heiðar († 2009). Espero haber conseguido preservar una parte del espíritu de esos contadores de historias. Por otro lado, todos los cambios y modificaciones que estas hayan podido sufrir en el presente libro son responsabilidad mía. El autor de la estrofa «Aun si él mismo se midiera» es Kristján Samsonarson († 2004), de Bugðustaðir. He escrito la estrofa tal y como la aprendí, con pequeños cambios respecto a la versión que figura en la página web de poesía publicada por el Archivo Regional de Skagafjörður. El poema «La vida es sueño, ilusión» aparece tal y como lo aprendí de mi abuela, Vilhelmína Pálína Sæmundsdóttir († 2003). Ella lo aprendió de su madre, Kristín Sigríður Jónsdóttir († 1978), de Kambur, en la vecindad de Árneshreppur, y todo parece indicar que Kristín lo aprendió a su vez de su madre, Vilhelmína Pálína Guðmundsdóttir († 1900), de Kjós, en Árneshreppur. Llegados a este punto, se desconoce si ella aprendió el poema de su madre, Guðríður Jónsdóttir († 1898), o de otra persona, ya que la región de Kjós fue siempre cuna de poetas y recibió numerosos visitantes, y además se encuentra en la ruta nacional de Trékyllisheiði. En un obituario reciente, el poema se

atribuye al poeta Páll Ólafsson († 1905), pero se trata de una información dudosa, puesto que no aparece en ninguna edición de sus obras. Prefiero considerar que el poema en cuestión forma parte del cancionero popular hasta que se demuestre lo contrario.

Llega un nuevo fenómeno literario desde Islandia.

Novela ganadora del Premio de los Libreros de Islandia, del Premio de los Lectores de Nantes y del Premio Amphi.



«Comprendí que mi mente nunca conseguiría librarse de ti, que te desearía en tanto continuara respirando. Me trae sin cuidado escribirlo, querida Helga, soy un anciano sin nada que perder. Pronto se apagarán mis brasas cuando yazca con la boca abierta, llena de tierra. ¿Continuaré deseándote?»

Bjarni escribe su respuesta tardía a la carta que Helga, la mujer por la que sintió un amor imposible, ilícito y apasionado, le escribió en su juventud invitándole a dejar por ella a su esposa, su granja y su ciudad.

Desde la ventana de la habitación con vistas a la granja en la que vivía Helga con su marido, Bjarni encuentra fuerzas para explicarle los motivos de su rechazo y, mientras escribe, en su recuerdo renace todo un mundo rural, una vida sencilla dedicada al pastoreo y atenta a la poesía de la naturaleza en Islandia, pero sobre todo atormentada por el anhelo del cuerpo y la sensualidad de Helga.

«Birgisson es un narrador extraordinario.»

KARL OVE KNAUSGÅRD

«Una impresionante obra de arte: resonante, terrenal, desgarradora. [...] Es literatura popular y filosofía. [...] Una historia de amor que trasciende

el tiempo y el espacio. [...] *Para Helga* ensalza la artesanía y lo manual, la tierra conocida y cuidada, la intimidad física. Lloro por todo lo perdido por conveniencia, todo lo que ya no entendemos, todo lo que no podemos tocar.

Atesora, condena y finalmente confiesa.»

BERTH KEPHART, *The Chicago Tribune*

«Rebosante de energía y sensualidad, más erótica que *Cincuenta sombras de Grey*.»

Dagbladet (Noruega)

«Una joya. Una carta de amor magníficamente escrita y que se lee de una vez mientras desfilan delante del lector los paisajes de Islandia. Es un himno a la tierra y a los valores del pasado, pero también una reflexión sobre los sentimientos y el significado de la vida.»

ANDRÉ LEBEL, *La Presse*

«Con una escritura delicada, Bergsveinn Birgisson traza el destino de un hombre sencillo que se cuenta a sí mismo con lucidez y verdad.»

GENEVIÈVE SIMON, *La Libre Belgique*

«Son la belleza y la fuerza silenciosa del lenguaje las que hechizan al lector: amargo, áspero, crudo y hermoso, inmemorial, es el lenguaje del *Cantar de los Cantares*, es el lenguaje desgarrador de quien dice la verdad sin cumplir con los códigos obligatorios de la apariencia, es el lenguaje de un escritor que es justo.»

Librería Labyrinthes

«Una carta mágica a la humanidad sensible, indispensable.»

Librería Saint Christophe

«Verdaderamente soberbia.»

Librería café Soif de Lire

«Un descubrimiento excepcional.»

Librería Le Passeur

«Una pequeña obra maestra.»

Librería Le Cadran Lunaire

«Una carta de amor sublime.»

Librería Folies d'encre

Bergsveinn Birgisson nació en 1971 en Islandia. Tiene un doctorado en Filología Nórdica y es especialista en folkllore, historias orales y poesía lírica escandinavos. Actualmente reside en Bergen, Noruega, donde continúa escribiendo cuentos clásicos de amor y estudiando nuevos idiomas. Su novela *Para Helga* fue un auténtico fenómeno literario en Islandia. Nominada al Nordic Council Literary Award, al Icelandic Literary Award y al Dublin Literary Award, y ganadora del Premio de los Libreros de Islandia, del Premio de los Lectores de Nantes y del Premio Amphi, ha sido adaptada al cine y al teatro y está siendo traducida a ocho idiomas.

Título original: *Svar við bréfi Helgu*

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2010, Bergsveinn Birgisson

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Fabio Teixidó Benedí, por la traducción

La cita de Snorri Stúrluson del capítulo 5 está extraída de *Edda Menor*, trad. de Luis Lerate, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

La cita de Enrique Bernárdez del capítulo 5 está extraída de *Textos poéticos de las Eddas*, Miraguano, Madrid, 1987.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Gaiamoments / iStock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0580-7

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Para Helga

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre Bergsveinn Birgisson

Créditos